

Junio 2017

clonline.org

«¡Nunca hemos
visto una cosa
igual!»

(Mc 2,12)

**Triduo Pascual
de Gioventù Studentesca
Rimini, 13-15 abril 2017**

© 2017 Fraternidad de Comunión y Liberación

Mensaje de Julián Carrón

15 abril 2017

Queridos amigos,

Pienso en cada uno de vosotros dominado por el deseo de crecer.

Creer quiere decir tomar en nuestras manos las redes de nuestra vida.

Pero esto no siempre es sencillo. De hecho, a veces nos entran ganas de volver atrás.

Era más cómodo, menos comprometido, cuando eran otros los que pensaban en afrontar los problemas por nosotros.

Y muchas veces vuelve la pregunta: pero yo, ¿quiero crecer de verdad o prefiero seguir siendo un niño?

Secundar el deseo de crecer requiere un amor, una pasión por nosotros mismos. Vivir a la altura de nuestro deseo requiere un compromiso.

Es solo para los que son audaces, como os digo a menudo; es para quien quiere ser protagonista en primera persona, sin descargar su propia libertad sobre los demás.

Soy yo el que quiere descubrir toda la belleza de la vida, toda la intensidad que puede alcanzar mi vida.

Descubrirlo, nos recuerda don Giussani, es «una meta solo posible para quien se toma en serio la vida», sin excluir nada: «amor, estudio, política, dinero, hasta el alimento y el reposo; sin olvidar nada, ni la amistad, ni la esperanza, ni el perdón, ni la rabia, ni la paciencia».

La razón de esta audacia es la certeza inquebrantable que tiene Giussani de que «en cada gesto hay un paso hacia el propio destino» (*El sentido religioso*, pp. 60-61).

¡Qué impresión levantarse cada mañana con la curiosidad por descubrir cómo puede revelarse en cada gesto, en cada desafío que debemos afrontar un paso hacia el destino!

Solo podemos hacerlo por la certeza de tener un compañero de camino como Jesús. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

Con Su compañía podemos atrevernos a afrontar cualquier desafío, como nos testimonia alguien que no ha tenido miedo de crecer, el papa Francisco: «No nos dejemos aprisionar por la tentación de quedarnos solos y desmoralizados llorando por lo que nos sucede; no cedamos a la lógica inútil y estéril del miedo, a la repetición resignada de que todo va mal y de que ya nada es como antes. Esta es la *atmósfera del sepulcro*; el Señor desea en cambio abrir el camino de la vida, el del encuentro con Él, el de la confianza en Él, el de la *resurrección del corazón*, el camino del “¡Levántate! ¡Levántate, sal fuera!”. Esto es lo que nos pide el Señor, y Él está junto a nosotros para hacerlo» (*Homilía en Carpi*, 2 de abril de 2017).

¡Feliz Pascua!

Vuestro amigo Julián

Introducción, Pigi Banna

Jueves 13 abril, por la noche

«Qué grande ha de ser este yo humano, amigo mío»

(Ch. Péguy)

«¡Nunca hemos visto una cosa igual!». Cómo deseamos poder decir esto al final de estos días. Pero tenemos un deseo todavía mayor: que ya mañana, cuando nos miremos al espejo, como dentro de 50 años al mirar toda nuestra vida, podamos decir: «¡Nunca hemos visto nada igual!». Una vida única, especial, grande.

El mismo deseo tenía María, una chica de vuestra edad. Desde que recibió el anuncio del ángel, cuando dijo: «Hágase en mí según tu palabra»¹, no hubo día en que no se repitiera: «¡Nunca he visto una cosa igual!». Nosotros tenemos el mismo deseo en estos días. Basta con que pidamos tener la disponibilidad sencilla de aquella chica y Dios hará lo demás en nuestra vida, porque «para Él nada hay imposible»².

Recemos el *Ángelus*³.

Ángelus

«INCLUSO MI AMIGO, DE QUIEN YO ME FIABA, ES EL PRIMERO EN TRAICIONARME» (Sal 41,10)

¡Bienvenidos seáis todos! Sed realmente bienvenidos, y no lo digo de modo formal. Bienvenidos, porque os esperábamos aquí, en un lugar en el que por fin podemos dejar de sentirnos esclavos del juicio de los demás, de esos que se hacen llamar «amigos» y que no lo son de verdad, en un lugar en el que no tenemos que estar a merced de los resultados de las notas o de las pretensiones de los adultos. Aquí podemos ser libres por fin de estas esclavitudes que nos dejan cada vez más inseguros y solos, porque aquí somos acogidos por lo que somos.

Pero, ¿estamos seguros de que lo conseguiremos? ¿Estamos seguros de verdad de que al final la vida no es una tomadura de pelo? ¿Estáis seguros de que no me estoy burlando de vosotros? Como escribe de forma dramática una amiga aquí presente: «¿Cómo es posible poner la otra mejilla a un padre que está ausente de tu vida? ¿Cómo puedo vivir de ese amor que he visto, pero que continuamente se ve sepultado por el odio y por la inseguridad?».

La pregunta de nuestra amiga es dramática y radical, como muchas de las que nos habéis hecho llegar antes de este Triduo. La cuestión es esta: ¿estamos realmente seguros hasta el fondo de que la vida nos espera, como canta la Mannoia (*Che sia benedetta*), cuando vemos que nuestros padres nos abandonan para construir su futuro, cuando vemos adultos cada vez más cínicos y con pocas esperanzas sobre nuestros

¹ Cf. Lc 1,38.

² Cf. Lc 1,37.

³ Oraciones, cantos y la mayoría de los textos citados están presentes en el cuadernillo distribuido durante el Triduo Pascual de GS (Rimini 13-15 abril 2017): «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*» que se puede descargar en formato PDF en el sitio de CL.

deseos, o bien amigos y amores que prometen mucho, muchísimo, pero que de repente nos hacen hundirnos bajo tierra, primero arriba y luego abajo, sobre una montaña rusa de emociones? ¿Estamos realmente seguros de que no nos tomamos el pelo cuando decimos que nuestra vida es especial, que podemos decir de nuestra vida: «¡Nunca hemos visto una cosa igual!»? ¿O quizá no es más verdad, como escribe uno de vosotros –me ha producido una ternura impresionante leerlo–, que nuestra vida es como una rueda de recambio que alguna vez podrá ser utilizada por alguien, aprovechada por alguien y luego abandonada?

Esto es, como dice don Giussani, «lo que caracteriza al hombre de hoy: la duda acerca de la existencia, el miedo a la existencia, la fragilidad de la vida, la inconsistencia de uno mismo, el terror a lo imposible; el horror ante la desproporción entre uno mismo y el ideal»⁴.

Debido a esta esclavitud con respecto a la opinión de los demás (amigos, padres, profesores), a una mala nota, a una verificación, al mensaje inesperado de un amigo, como dice una amiga en una poesía suya, «somos frágiles / estamos a merced de eventos incontrolables»⁵. ¡No somos libres con respecto al juicio de los demás! Es más, quizá lo que caracteriza nuestro tiempo es justamente esta falta de ternura hacia nosotros mismos, tensados hacia un lado y hacia otro por las pretensiones de todos, por las expectativas de todos, con la preocupación de no desilusionar a nadie. Pero al final, ¿nos queremos todavía un poco?

Parece que quien tiene que pagar las consecuencias de todas estas pretensiones es nuestro pobre yo. Lo describe Gaber de forma irónica, simpática, pero también trágica, en la canción *L'odore*⁶. Cree que ha realizado su sueño, va con su chica a la orilla de un lago; se produce una escena romántica, que quizá esperaba desde hacía mucho tiempo. Pero, en un momento dado, siente una peste terrible: será el sitio. Entonces se arma de valor, rompe el momento romántico y se va a otra zona. Se necesita un poco de tiempo para volver a crear la atmósfera con la chica. ¡Pero otra vez esa peste! ¡Es ella la que apesta! Entonces trata de hacer como si nada, la besa para taponarle la nariz. Pero no hay nada que hacer, y entonces tiene que renunciar a ese sueño. Vuelve a casa resignado, cierra la puerta tras de sí y suspira aliviado. Pero todavía percibe la peste. ¡La tiene encima! ¡Es él quien apesta! Y no consigue quitarse la peste de encima. Esto es lo más terrible de nuestro tiempo: pensar que somos nosotros los que estamos equivocados, no que los demás pretenden demasiado de nosotros y no nos entienden, sino que somos nosotros los que somos inadecuados, sin experimentar un mínimo de ternura por nosotros mismos. En la página 5 del cuadernillo, don Giussani dice: si nos pisan el pie en el autobús, estaríamos dispuestos a gritar enseguida, a echar la bronca a esa persona, pero si nos dicen que no vamos bien, que no estamos bien vestidos, que hemos dicho algo equivocado, nos sentimos morir por dentro.

Pensar que nuestra humanidad está irremediablemente equivocada, que es siempre inadecuada, que nunca está a la altura de las pretensiones de los demás es la mayor inhumanidad de nuestro tiempo: «Hacer desaparecer el yo», como dice don Giussani⁷. Cuando te dicen que estás equivocado, ¡haces de todo menos gritar! Nos vemos como en esas pesadillas en las que el miedo nos asalta y querríamos gritar, pero nos falta

⁴ L. Giussani, en “*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*”, Gioventù Studentesca – Triduo Pascual 2017, p. 4.

⁵ *Ibidem*, p. 6.

⁶ *Ibidem*, p. 5.

⁷ *Ibidem*, p. 5.

el aliento y no nos sale la voz. Es la mayor traición que se nos podría hacer. De hecho, esta es la mayor inhumanidad de nuestro tiempo: no tanto el no ser capaces, sino el hecho de estar delante de alguien que nos dice: «No eres capaz».

Entonces, como escribe uno de vosotros, nos surge la tentación de renunciar a deseos demasiado grandes, de renunciar a buscar el «nunca hemos visto una cosa igual», porque hacerse preguntas demasiado grandes, tener deseos demasiado grandes al final nos desilusiona y solo nos hace sufrir. Y entonces nos dejamos devorar por la apatía de la vida cotidiana.

Esta gran inseguridad, este gran miedo de ser simplemente nosotros mismos, procede del hecho de que advertimos, como escribe Ety Hillesum, que nadie «te estará agradecido por esta lucha o, por decirlo mejor, ¿a quién le importará?»⁸. De hecho, que la vida sea una tomadura de pelo puede ser incluso una cosa teórica, como decía una querida amiga mía de Roma, porque todavía podemos hablar de ello; pero cuando te das cuenta de que no solo tu padre, no solo tu profesor –al que podemos dejar a un lado–, no solo tu novia –porque se puede encontrar otra–, sino incluso el amigo en el que confiabas te traiciona, es decir, piensa que estás equivocado, que todo tu yo, tal como es, es incómodo para él (y entonces es mejor no decir ciertas cosas, no tocar ciertos temas, no pronunciar ni siquiera ciertas frases), entonces se experimenta el mayor dolor que un hombre puede experimentar: la traición de un amigo.

Pensad que esta tarde recordamos el momento en el que Jesús se dio cuenta de que uno de los doce a los que había amado más en el mundo, Judas, uno de aquellos a los que había dado todo, está a punto de traicionarle. Para Judas la presencia de Jesús ya no era fascinante, amable, sino que se había vuelto incómoda. Jesús se da cuenta de que para ese amigo es mejor que Él muera.

Escuchemos el relato del momento en que Jesús se da cuenta de la traición de Judas, tal como describen las palabras del evangelista Juan. Pensemos en cada vez que también nosotros nos hemos sentido traicionados, nos hemos descubierto sin rostro, porque ya no tenemos amigos, en todas las veces en las que hemos sentido que desaparece nuestro yo, en las que no hemos tenido un mínimo de ternura por nosotros mismos porque nos sentíamos traicionados.

«Diciendo esto, Jesús se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: “En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar”. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, al que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Le contestó Jesús: “Aquel a quien yo le dé ese trozo de pan untado”. Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariotes. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”»⁹.

Cuando nos sentimos traicionados por un amigo sentimos un abismo que se abre dentro de nosotros y nos descubrimos sin rostro. Escuchemos el canto.

Il mio volto

⁸ *Ibidem*.

⁹ Jn 13,21-27.

«QUE NO SE TURBE VUESTRO CORAZÓN» (Jn 14,1)

«Solo cuando advierto que Tú estás / como un eco vuelvo a escuchar mi voz»¹⁰. ¡Pero entonces es posible no sucumbir a la tradición, a la desilusión y volver a experimentar una pizca de ternura por nosotros mismos! Para ello no hace falta un esfuerzo nuestro, un curso de autoestima o que intentemos ser mejores, sino darse cuenta de que existe alguien en este mundo –¡es suficiente con uno!– que no pretende que yo sea un superhéroe y que luego, al primer error que cometo, me abandona y me expulsa de su círculo. Es suficiente con que haya uno que me mire por lo que soy, alguien con el que yo me pueda encontrar, al que pueda tocar, besar. Como dicen los Chainsmokers en el texto: «No estoy buscando a alguien / que tenga superpoderes, un superhéroe, / una historia de cuento de hadas, / sino algo a lo que yo pueda dirigirme, alguien a quien pueda besar»¹¹.

Lo describe con extrema lucidez una amiga: «En este momento yo quiero: un teléfono nuevo, una guitarra eléctrica, un tatuaje, un piercing, dinero, droga, doble agujero también en la oreja derecha y conocer a mis ídolos. ¿Y cuando he conseguido todo esto? Me quejaré porque el móvil nuevo se hace viejo, la guitarra eléctrica no es perfecta porque no la sé tocar perfectamente, el tatuaje es pequeño y quiero otro, el dinero se ha terminado y quiero más, la droga cuesta mucho, no tengo dinero y ya me la he acabado, querré también un tercer agujero a la izquierda [¡menudas orejas!] y luego a la derecha; y luego [¡atención, esta parte es espectacular!], después de que haya conocido aunque sea una vez a mis ídolos, ellos se olvidarán de mí. ¿Qué es lo que yo quiero? Yo... yo... yo quiero que... que... quiero ser querida, quiero ser mirada, quiero ser amada».

Solo cuando me doy cuenta de que hay alguien que no es como los ídolos –que me empujan a lo alto, hacen que gaste mucho de mí mismo y luego me tiran–, sino que me ama tal como soy, entonces renazco. Querido, amado, mirado por lo que soy, sin ser olvidado. Solo el encuentro con un amigo que no traiciona, que nos dice: «Que no se turbe vuestro corazón», nos hace volver a empezar.

Como le sucedió a aquella mujer que desde hacía doce años tenía una enfermedad que le hacía perder sangre continuamente; no había gastado su dinero en tatuajes, agujeros en las orejas, guitarras eléctricas (también porque vivía en otra época), sino que había gastado todo su dinero en médicos, y ninguno la había curado. Imaginad, después de doce años, qué sentimiento de fracaso y de traición experimentaba. Se sentía traicionada: no solo por los médicos, sino sobre todo por la vida. Además, por el pueblo en el que vivía, ese tipo de enfermedad era una especie de maldición divina, y por ello debía estar lejos de la ciudad y no tocar a nadie para no contaminarlo; en definitiva, estaba excluida, era rechazada. Traicionada por la vida, por sus amigos, por su pueblo y

¹⁰ A. Mascagni, «Il mio volto», en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 6.

¹¹ Chainsmokers feat. Coldplay, «Something just like this», en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 8.

por su mismo Dios¹². El papa Francisco habla justamente de esta mujer en una entrevista de esta mañana, y dice que era una excluida, una descartada de la sociedad.

Esta mujer –que podía ser cualquiera de nosotros– se entera de que ha llegado a su pueblo un hombre capaz de curar todas las enfermedades, que no se escandaliza de ningún mal. Este hombre es Jesús. ¿Qué sucede entonces? Que la mujer desafía todas las prohibiciones: la prohibición de entrar en la ciudad, la prohibición de no tocar a nadie. Le importa un comino el juicio de los demás. Solo tiene un deseo al pensar en ese hombre: ser curada. Y piensa: «Con solo tocarle el manto curaré»¹³. Pensad cómo la presencia de aquel hombre hizo saltar todos los tapones de las traiciones e hizo brotar el deseo de aquella mujer: «Con solo tocarle el manto...», ¡quizá podía contaminarle! Arriesga al cien por cien intentando tocar al más puro de todos, Jesús, arriesgándose a morir. Su deseo se ve totalmente despertado por la figura de Jesús.

Por eso, cuando nos encontramos con alguien que no se escandaliza de nosotros, cuando nos encontramos con alguien que nos dice: «Que no se turbe vuestro corazón»¹⁴, cuando nos topamos con alguien que no pretende algo de nosotros y que no nos traiciona, sino que despierta todos nuestros deseos, renace esa «ansia de vida», como la llama Lucrecio, que sorprendemos en nosotros, esa «ansia de vida tan profunda y maldita que nos agita y nos empuja a caminar entre peligros e incertidumbres»¹⁵. Y nos entran ganas de gritarle: «¡Ayúdame!», «¡Cúrame!», «¡Quiero estar contigo!».

Sois verdaderamente bienvenidos aquí esta noche, porque nos encontramos en un lugar en el que podemos gritar: «¡Ayúdame!» sin tener miedo de «contaminar» a los demás aquí presentes. Este deseo de ser curados que nos hace gritar: «¡Ayúdame!» es nuestra verdadera naturaleza. Y por fin nos sentimos no como uno más entre otros muchos, por fin renace el deseo de ser especiales, de salir de la masa del anonimato, como escribe el pensador polaco Heschel: aunque «a los ojos del mundo... yo sea una media estadística, para mi corazón no lo soy»¹⁶. Ese corazón, que para los demás es tan solo una media, se despierta, se reanima. Ese corazón habita en cada uno de nosotros, ese corazón existe –¡existe!– y quiere gritar: «¡Ayúdame!» . Sin miedo de nosotros mismos, con una ternura renovada por nuestra humanidad, tratemos nuevamente de sacar fuera nuestro corazón, escuchando las palabras del canto de Gaber, *Il desiderio*.

Il desiderio

«NO SOIS VOSOTROS LOS QUE ME HABÉIS ELEGIDO, SOY YO QUIEN OS HA

¹² Cf. «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 7.

¹³ Mc 5,28.

¹⁴ Jn 14,1.

¹⁵ «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 8.

¹⁶ *Ibidem*.

ELEGIDO» (Jn 15,16)

Al igual que aquella mujer enferma, tenemos dentro de nosotros el motor que mueve el mundo, que nos salva del aburrimiento, que impide que nuestra vida se reduzca a un elenco de cosas que hay que hacer, que hace de nuestra vida algo que nunca hemos visto. Por eso todos somos bienvenidos esta noche, porque tenemos a nuestra disposición tres días en los que libremente podemos expresar todo nuestro deseo, sin tener miedo de los juicios de nadie y, como aquella mujer, podemos gritar: «¡Ayúdame!».

Entre los aquí presentes no todos sois católicos, hay gente de otras religiones, también hay gente que no cree, pero, como me habéis escrito en las contribuciones, todos estáis aquí porque habéis dado un mínimo de crédito a este deseo de encontrar algo que valga para la vida.

Esta era y es la fuerza de Cristo: extraer de los escombros de las desilusiones y de las traiciones todo el deseo del hombre, ¡volver a despertarlo! Por eso Jesús –esto es lo verdaderamente impresionante– no se conforma con curar a aquella mujer, sino que la busca entre la multitud, quiere conocerla. Y ella está atemorizada porque piensa que la denunciará delante de todos. Todos descubrimos el mal que ha hecho, el error que ha cometido tocando Jesús. En cambio, Jesús la llama para decirle que su deseo es grande, que su deseo es justo. Por eso le dice: «Hija, tu fe te ha salvado». Como dice la frase de Péguy que encontráis en el cuadernillo, es como si le hubiese dicho: «Mujer, tu humanidad es tan grande, es tan grande que ha disturbado el mundo del infinito. Un Dios, amiga mía, se ha disturbado, se ha sacrificado por ti»¹⁷. La traición, la derrota, el juicio, la impotencia o la desilusión no importan; todas estas cosas desaparecen delante de esa mirada. Cristo da la vida para sacar de las ruinas de las traiciones y de las desilusiones el deseo de esa mujer y de cada hombre: «No eres tú el que te has equivocado al buscarme, no eres tú el que me buscabas, sino que era yo el que te esperaba». «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido»¹⁸. Es lo que me gustaría deciros a cada uno de vosotros esta noche: hay alguien que os espera aquí. ¿Para qué? Para deciros, como dice el Papa en la entrevista de esta mañana: «¡Ánimo, ven! Ya no estás descartado, ya no estás descartada: yo te perdono, te abrazo»¹⁹, tu deseo es grande.

Es lo que cuenta un preso amigo nuestro en un libro que os aconsejo a todos que leáis, también porque tiene muchas fotos y poco texto, un libro que recoge los tatuajes con motivo religioso de los presos. Maximiliano cuenta que se había hecho tatuar en un brazo esta frase: «Mejor señores del infierno que esclavos del Paraíso». Mejor señor de ese infierno que era su vida, antes que esclavo de todos los falsos paraísos que le habían prometido y que le habían llevado a la cárcel, como nos decía también nuestra amiga que hemos citado hace poco. El problema es que al final ha terminado

¹⁷ *Ibidem*, p. 10.

¹⁸ Jn 15,16.

¹⁹ Francisco, «Il Papa degli ultimi», entrevista de P. Rodari, *la Repubblica*, 13 abril 2017.

en la cárcel y se ha dado cuenta de que ya no es señor ni siquiera en ese infierno que era su vida. De hecho, como podéis leer en la página 11, Maximiliano le cuenta a un preso más joven lo siguiente: «He asesinado a mis hermanos, pero mi condena no es la cadena perpetua, mi condena es ser consciente... Luego, cuando eres consciente, miras a Dios a la cara y ves que te ama como el primer día»²⁰. Y por eso, después de que él, como aquella mujer, se ha descubierto amado como el primer día, ha hecho que le cambien el tatuaje: «Mejor señores del paraíso que esclavos del infierno». Porque es demasiado bello estar con quien libera tu deseo, antes que ir detrás de estos infiernos.

Es lo mismo que le ha sucedido también a un amigo nuestro, sobre el que no han vencido el malestar consigo mismo y la traición gracias a una mirada de amor que le esperaba: «Hace poco tiempo he pasado un periodo de un mes en el que he estado muy mal: había empezado a hacerme daño otra vez. Toda esta tristeza venía de que, a escondidas de mis padres acogedores, me había visto con mi madre biológica y habíamos empezado a pelear. Ella me había dicho cosas muy gordas: que mi padre no era mi padre, sino mi padrastro, que yo había nacido fruto de una violación y que habría querido abortarme. Estaba destrozado y no era capaz de hacer nada, pero conseguí salir de ahí gracias a la misa en memoria de don Giussani, donde durante una lectura me impresionaron las palabras en las que Dios dice: “Aunque una madre se olvidara de su hijo, yo no te olvidaré” (cf. Is 49,15). En aquel momento me sentí llamado, directamente, como si Dios me hubiese dicho que Él estaba, que Él me amaba, que estaba conmigo justamente en esa situación. Salí de la misa diciendo para mis adentros algo impensable: “Alabado sea Jesucristo por haber nacido de una violación”, como dando gracias a Jesús por todo lo que me había sucedido, porque gracias a esto he descubierto qué es de verdad el amor de Dios».

También nos gustaría a cada uno de nosotros –como a aquella mujer, como al preso, como a nuestro amigo–, frente a nuestra traición, frente al sentido de abandono y de traición que experimentamos, ser alcanzados por la mirada de Jesús, la misma de su última noche de vida sobre esta tierra. Frente a la traición de Judas, así como delante de todas las traiciones de la vida, Cristo comprende que solo puede hacer una cosa: dar la vida por él, dar la vida para que también el deseo de Judas pueda renacer, dar la vida para que el deseo que cada uno de nosotros pueda renacer.

Cristo sigue mirándonos a cada uno como miró a aquella mujer enferma, como han sido mirados el preso («te ama como el primer día») y nuestro amigo, y nos dice: «No has nacido por error, yo te he elegido, te he preferido y doy la vida por tu deseo, para que tú ya no seas esclavo y te veas traicionado por las pretensiones de los demás; para que tú ya no seas esclavo del infierno, sino señor del Paraíso».

Escuchemos el pasaje del Evangelio en el que Jesús habla de cómo da la vida.

²⁰ «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 11.

«Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros»²¹.

Ahora vamos a celebrar la misa, el gesto que Cristo instituyó hace dos mil años en esta noche, la noche antes de morir, para que todos los hombres pudiesen seguir tocándole como le tocó la mujer enferma, como le ha tocado Maximiliano el preso, como le ha tocado nuestro amigo. En esta misa, que se celebra en todo el mundo, queremos recordar de forma especial a nuestros hermanos egipcios que, estando en misa el domingo pasado, derramaron su sangre a causa de una bomba colocada bajo un banco, al igual que Cristo dio su sangre y su cuerpo por nosotros.

En estos días se producirá en todos nosotros una lucha continua entre el prejuicio que tenemos sobre nosotros mismos, entre lo que nos hace pensar que hemos fracasado en la vida, entre el hecho de no gustarnos, entre ser esclavos de la opinión que tienen los demás sobre nosotros y el deseo de que nuestra vida sea algo grande, algo nunca visto. Una lucha entre el prejuicio y el ansia de vida que descubrimos en nosotros y que nos hace gritar: «¡Ayúdame!», «¡Cúrame!». Pensad en la hemorroisa, esa mujer que perdía sangre: también ella vivió esta lucha, tuvo que dejar a un lado las opiniones de las vecinas y de todo el pueblo, lo que había leído de las leyes de Dios, tenía que vencer sus remordimientos y su vergüenza y dejar que prevaleciera únicamente el deseo, abriéndose paso decidida entre la muchedumbre, yendo derecha hacia una sola meta, un solo objetivo: tocar a Jesús, gritarle: «¡Ayúdame!».

¿Cómo se llama este dejar a un lado las opiniones de los demás y nuestros prejuicios para dejar que prevalezca este deseo? ¿Cómo se llama esta actitud –porque se trata ante todo de una actitud–? Se llama «silencio». El silencio no es el mutismo, sino que es poner delante de todo, delante de todos los prejuicios y las confusiones de nuestra mente este deseo, hacer que prevalezca solo este deseo. Esta es la condición – pensad en la hemorroisa, que se pone en marcha decidida a buscar a Jesús, a no dejarse distraer por lo demás– que pedimos que respetéis físicamente en algunos

²¹ Jn 15,9-17.

momentos de estos días. Os lo pedimos para dar voz a ese deseo, muchas veces fastidioso, y sin embargo tan grande que llega a «disturbar» a Dios. Pero es una actitud que hemos de llevar con nosotros también cuando nos acostemos cada noche, cuando estemos entre nosotros y comamos juntos, cuando estemos en la playa o durante el tiempo libre. Pedimos una actitud de silencio para no dejar que prevalezcan nuestros comentarios, sino este deseo único en el mundo. No estamos aquí para perder el tiempo, sino para tocar a Jesús, para ver si aquí hay Alguien que puede curarnos. Somos verdaderamente afortunados, porque en estos días podemos gritar toda nuestra necesidad de ser curados. Por eso cantamos ahora *Cry no more*, porque estamos contentos de estar aquí, de ser bienvenidos, porque ya no hay que llorar más, porque «eras esclavo y ahora eres hijo. [...] Te espera una fiesta que es toda para ti». Nos ponemos en pie.

Cry no more

Lección, Pigi Banna

Viernes 14 abril, por la mañana

«¿Nunca hemos visto una cosa igual!» (Mc 2,12)

Esta mañana no nos hemos quedado en el hotel y hemos venido aquí al salón porque esperamos que lo que le sucedió a esa mujer, a nuestro amigo, pueda sucedernos también a nosotros hoy. Por eso estamos llenos de espera, y la expresión de esta espera es el silencio. Si no estáis aquí con esa espera, os podíais haber quedado en el hotel. Pero si habéis venido con esta espera, intentad vivirla con la tensión del silencio, escuchando la música clásica.

Todo lo que sucedió ayer por la noche podría parecer un recuerdo ya lejano, porque entretanto muchas emociones, muchos pensamientos y distracciones han llegado a nuestra cabeza. Pero, ¿cuál es nuestra fuerza? ¿Expresarnos el cerebro para tratar de recrear las emociones de ayer? ¿Hacernos la ilusión de algo que en realidad no existe? No. Nuestra fuerza es que sigue sucediendo ante nuestros ojos un hecho que captura de nuevo nuestra atención: cinco mil personas presentes aquí. Algo que sucede de forma obstinada y que vuelve a llamar nuestra atención. Es un hecho capaz de volver a ponernos en pie, de reconquistarnos, de rescatarnos de la confusión de nuestros pensamientos y de darnos nuevamente vida. Así fue para María: cada mañana podía perderse en los pensamientos sobre la casa o sobre su futuro, pero mirar a aquel niño que obstinadamente estaba ahí, que crecía, que hacía milagros, que subía a la cruz y que moría –precisamente hoy hacemos memoria de esto–, ver ese hecho le hacía recobrase, le llevaba a ese primer día, cuando el ángel le llevó el anuncio, a ese día en que su corazón había sido conquistado y su vida había cambiado.

Pidamos que también a nosotros hoy, como a María, nos suceda un hecho capaz de despertarnos, que Su presencia sea tan poderosa que nos despierte y nos lleve nuevamente a ese inicio que nos permite renacer.

Ángelus

Vamos a recitar las Laudes. Las Laudes son la oración de la Iglesia. La Iglesia, en medio de la confusión de nuestros pensamientos, pone en nuestros labios palabras muy profundas, mucho más grandes que lo que inmediatamente conseguimos entender. Cuando recito las Laudes me siento como cuando uno es niño y va a la montaña con sus padres, que le llevan en una mochila a la espalda: ni siquiera tienes que dar un paso, porque hay otro que te lleva, pero desde la mochila tienes una vista espectacular. Si tuvieses que caminar con tus propios pies, te cansarías y, como eres pequeño, verías mucho menos porque todavía eres bajo. De este modo, las palabras de los Salmos

son como la mochila en la que la Iglesia nos pone para permitirnos llegar a una profundidad en la inteligencia, en el corazón y en la sensibilidad que de otro modo no tendríamos por la mañana y tampoco por la tarde. Recémoslas así, sin tener la pretensión de comprenderlo todo –yo mismo no lo comprendo todo aún–, sino buscando esa frase, esa palabra que nos describe mejor que las palabras que nosotros podríamos buscar en nuestra cabeza.

Las Laudes son un canto que hacemos juntos, una oración que hacemos juntos, como en una familia. Por eso, pronunciamos sin gritar todas las palabras con una misma nota. Se llama *tono recto*, en donde la cuestión no es que desafines o no, que grites o no, sino que escuches la voz del que tienes al lado antes que la tuya, que tu voz sea la de la persona que tienes al lado. Todos somos un solo grito. Hay una breve pausa después de cada asterisco: es un ayuda para darnos cuenta de lo que acabamos de decir; en cuanto termina el versículo del primer coro, empieza enseguida, sin dejar una pausa, el segundo coro.

Laudes

Non son sincera

«VOSOTROS ESTARÉIS TRISTES» (Jn 16,20)

Es impresionante la verdad en la que nos introduce el canto *Non son sincera*. Podemos vivir, podemos tratar de hacer algo bueno en la vida, podemos incluso decidir pasar las vacaciones de Pascua no en la discoteca, sino en el Triduo de GS, y sin embargo hay una voz en lo hondo de nuestra persona que nos dice que no somos sinceros. «Pasa mi tiempo, no soy sincera, amo a la gente, no soy sincera. Vivo el presente, no soy sincera»²². Podemos incluso enamorarnos, vivir a lo grande, haber tocado las estrellas, y sin embargo esos errores habituales y la incoherencia vuelven de forma estable, incluso delante de las mayores emociones, de todos los entusiasmos que nos han aferrado en la vida. Incluso hemos dicho, en algunos momentos poco frecuentes: «¡Nunca hemos visto nada igual!». Pero después parece que, al dar la vuelta a la botella, vemos que hay una fecha de caducidad; una vez que termina el efecto, volvemos a la vida acostumbrada de antes.

Nos entra casi la tentación de no volver a decir esa «maldita» frase: «¡Nunca hemos visto una cosa igual!», porque antes o después el efecto termina, se desvanece. Escribe uno de vosotros: «La frase: “¡Nunca hemos visto una cosa igual!” no quiero pronunciarla. Porque sé por experiencia que, después de haber experimentado la emoción del momento, a la larga esta posición no se mantiene». Algo parecido escribía la poetisa Alda Merini: «Lo que es pasado [por muy grande que

²² A. Mascagni, «Non son sincera», en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 27.

sea] / es como si nunca hubiese existido [...] / Lo que ya he visto / ya no cuenta nada»²³. Entonces, surge la pregunta que muchos habéis planteado en vuestras contribuciones: «¿Merece la pena ser felices, si no estamos seguros de que esto dure para siempre?». O bien: «¿Cómo tener una mirada sedienta que no se apague frente a la primera dificultad?». Uno de vosotros escribe: «Me asusta pensar que los diecisiete años que he vivido han sido una sucesión indistinta y carente de influencia de cosas bonitas y feas; esto me da miedo. ¿Cómo hacer para darme cuenta de que esta belleza existe de verdad? ¿Cómo ser capaz de buscarla eficazmente? ¿Dónde está eso que da sentido y orden a todas las anécdotas confusas de la vida?». Esta es hoy la cuestión, amigos. Tratad de identificarla en vuestra vida. ¿Estamos verdaderamente condenados a la dictadura de los sentimientos por la que, una vez pasada la emoción, cualquier cosa bonita se convierte en un viejo recuerdo?

Pensad que también los discípulos de Jesús tenían el mismo problema: el jueves por la noche estaban sinceramente apegados a ese hombre: «Aunque todos escandalicen de ti, yo no lo haré», le dice Pedro, y añade: «Moriré contigo»; y los demás: «¡Nosotros también!»²⁴. Pero después de unas pocas horas, les vence el sueño y no consiguen hacerle compañía mientras Él está atravesando el momento más dramático de su vida. En el huerto de los Olivos los discípulos se duermen. Y cuando Jesús es arrestado, todos huyen. ¡Nada más lejos de morir por Él! Huyen y abandonan a Jesús. Como se puede ver, nosotros somos como ellos. Después de la primera emoción –que nos hace exclamar: «¡Nunca hemos visto nada igual!»–, todo se derrumba a la mínima.

Los sentimientos de los Apóstoles son nuestros mismos sentimientos: hemos visto, nos llenamos de asombro, hacemos promesas, pero luego huimos. Escuchemos con atención las palabras del Evangelio. Entonces, ¿ha de tener todo una fecha de caducidad? ¿Estamos condenados a la dictadura de los sentimientos?

«Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos. Jesús les dijo: “Todos os escandalizaréis, como está escrito: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas’. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea”. Pedro le replicó: “Aunque todos caigan, yo no”. Jesús le dice: “En verdad te digo que hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres”. Pero él insistía: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré”. Y los demás decían lo mismo. [...] Vuelve por tercera vez y les dice: “Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega. [...] Y todos lo abandonaron y huyeron»²⁵.

«Todos lo abandonaron y huyeron». ¿Cómo es posible? ¿Abandonan la cosa más grande, a la

²³ A. Merini, «Il mio passato», en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 28.

²⁴ Cf. Mt 26,33-35.

²⁵ Mc 14,26-31.41-42.50.

persona más grande que han conocido en su vida? Sí, bajo el peso del miedo, de la incertidumbre, Lo abandonan.

Parecía una gran amistad, ese hombre parecía el mejor amigo que nunca hubiesen conocido, ¿y basta tampoco para hacerles huir? Parecería que tiene razón *A beautiful disaster*, una canción que puede gustar o no gustar, pero que dice algo muy significativo: «Tomo esos pedazos de vida que he vivido por equivocación [porque tiene que justificar que los ha vivido por equivocación] y los cambio por emociones de poca monta»²⁶. ¡La dictadura de las emociones de poca monta! El miedo imprevisto, la angustia, la rabia, la incompreensión pulveriza hasta las cosas más bonitas de la vida, como les pasó a los discípulos de Jesús. Muchos de vosotros lo contáis en vuestras contribuciones. Por fin ha llegado ese enamoramiento que esperabais desde hacía tanto: ella es la persona adecuada y las cosas van bien porque ella también quiere esa relación. ¡Qué intensidad de miradas! ¡Qué entendimiento! «Parece que me conoce desde que nació. ¡Nunca había visto una cosa tan bonita!». Pero una mañana, todas las cosas salen al revés. Te pasa de todo: el despertador no suena, tu padre ya se marchado de casa, tienes que tomar el autobús y llegar a la segunda hora, lo haces todo deprisa, ¡todo deprisa! Tenías incluso un examen y «ella» empieza a mandarte mensajes: «Pero, ¿dónde estás?», «¡Te estoy esperando!», «¿Qué te ha pasado?», «¿Por qué no has venido?». Al mismo tiempo, mientras estás en el autobús, piensas que quizá deberías tomar más a menudo ese autobús, porque allí está esa chica que es más guapa y mucho más sencilla, no te agobia con mensajes, pretendiendo saber dónde estás, qué estás haciendo; con una mirada ya os entendéis. Mientras que responderle a «ella» no es tan espontáneo, y luego está el «¿pero quién se cree que es en mi vida?». Entonces pensamos que todo ha terminado. Bastan emociones de poca monta para pulverizar hasta las promesas más grandes. Diría Leopardi: «Mas si un disorde acento / hiere el oído [si una emoción equivocada hiere el oído], en nada / Tórnase el paraíso en un momento»²⁷. Ese paraíso se desvanece, se pulveriza. Entonces parece que nos vemos obligados a esta dictadura de las emociones, a cambiar de opinión a cada segundo, a no poder tener afecto por nada, a ser esclavos, a estar a merced de los sentimientos. Don Giussani se pregunta cuál es el enemigo de la amistad: «El enemigo de la amistad es el humor», porque el humor es la reacción inmediata (tristeza, aburrimiento, rabia), «es como la flor del campo [...]: por la mañana está y por la noche se ha secado»²⁸.

Llegamos incluso creer que podemos defendernos con estrategias, pero incluso estas se revelan de poco alcance: tratamos de no dejarnos arrastrar por el viento de las emociones, intentamos

²⁶ «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 29.

²⁷ G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», XXXI, vv. 46-48, en Id, *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 229.

²⁸ «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 28.

repetirnos y convencernos de que es inútil entusiasmarse e ilusionarse, pues la emoción pasará, porque ya las has probado todas y sabes que al final no serás feliz. Decimos: «Soy un trozo de hielo, ninguna emoción me afecta. Como sé que tarde o temprano pasa, no tengo afecto por nadie». Intentamos ser cínicos, como si fuéramos piedras, con el electroencefalograma plano. «Sí, ¿vas al Triduo? ¿Sabes que lo hacen todos los años? Todos llegan y exclaman: “¡Qué bonito, qué bonito!”», pero luego vuelven a casa y todo se ha acabado. ¡Tranquilo! Todavía estás en primero de liceo. Cuando llegues a quinto, comprenderás que es una rueda». Como escribe, con gran agudeza, uno de vosotros: «¿Qué me importa a mí este abrazo que se me ha regalado, si luego mañana por la mañana vuelvo a vivir mi vida exactamente como ayer y antes de ayer, sin que nada haya cambiado en mí?». Ser cínico ya a los catorce años, a los quince, a los dieciséis años, es algo verdaderamente inhumano. Es inhumano pensar que ya nada podrá cambiarme, saber ya cómo va a terminar todo.

Pero entonces, ¿hay que eliminar todas las emociones? ¡No! Escuchad cómo continúa don Giussani (p 28): «La amistad no va contra la emoción». Porque un hombre sin emociones es un hombre muerto. ¿Quién renunciaría al asombro del inicio, como sucede en el enamoramiento? ¿Quién renunciaría al «pánico dulcísimo, tierno y sorprendido»²⁹ que se adueña de nosotros delante de alguien que nos atrae, delante de una persona que por fin nos entiende? Pero, ¿quién renunciaría a eso? Sería verdaderamente inhumano no entusiasmarse, no enfadarse, no estar tristes. La realidad, por el hecho mismo de que sucede, despierta un sentimiento, provoca las emociones que abren el corazón.

La verdadera amistad no va contra la emoción, sino que «la verdadera amistad va contra la emoción sin razón»³⁰, porque una emoción sin razón te hace probar mil cosas, pero hace que se te escape el sentido, no te permite captar el significado. Como dice Eliot: «Hicimos experiencia, pero se nos escapó el significado»³¹. ¿Qué quiere decir una emoción sin razón? Os pongo un ejemplo banalísimo. Me diréis: ¡así es demasiado simple!, y sin embargo sucede tal cual. Yo voy a un bosque y veo una seta espectacular, preciosa, parece que vuelves al mundo de los pitufos, con ese sombrero con puntitos simétricos, uno más pequeño, uno más grande. ¡Es preciosa! ¡Pero qué seta más bonita! Será la mejor seta del mundo. No veo el momento de comérmela. De hecho, me la como cruda. Un poco de aceite por encima; ¡buenísima! Delante de mí hay un viejo cartel en el que pone: «¡Atención: setas venenosas!». ¡Bah, es demasiado bonita para ser venenosa! ¡Imagínate, una seta tan bonita! Me ha conmovido. La arranco. Debo seguir esta emoción. Tomo la seta, tengo que comérmela. Es tan bonita que no puede no ser buena. Es tan buena que... ¡me mata! Esta es la emoción que confunde al corazón, una emoción carente de razones. Con esta emoción sin razones

²⁹ *Ibidem.*

³⁰ *Ibidem.*

³¹ *Ibidem*, p. 29.

nos comportamos mil veces al día con otros tipos de setas (entendámonos), pero sobre todo con las amistades, que es algo más grave: «Venga, es solo una bravuconada, ¿qué hay de malo?». ¡Razona, razona! Eres un hombre, gracias a Dios. Cuando seguimos nuestras emociones sin razón –lo sabéis bien– sucede lo que decíamos ayer por la noche: nos encontramos engañados por nosotros mismos y no podemos tomarla con nadie. Como dice el canto que vamos a cantar ahora, solo queda en nuestra mano «tierra quemada» al haber pulverizado incluso las experiencias más bonitas. Como les sucedió también a los discípulos: tierra quemada, nombres sin un porqué. ¿Qué habían hecho de su relación con Jesús? «Queda solo la añoranza de un día desperdiciado / y la espera cierta de Ti». Cantamos juntos *La guerra*.

La guerra

«AHORA MI ALMA ESTÁ AGITADA» (Jn 12,27)

Aquella noche también Jesús experimentaba tristeza, miedo, angustia: los mismos sentimientos de sus discípulos. Dice: «Ahora mi alma está agitada». Pero él, a diferencia de sus discípulos, no huye, sacudido por el oleaje de estos sentimientos; ni se queda allí como un trozo de hielo, con gran autocontrol, impasible ante su muerte inminente. Reconoce y vive con razón profunda sus sentimientos de hombre. El miedo y la angustia han abierto su corazón de hombre y no se queda bloqueado por la dictadura de los sentimientos.

No huye. ¿Por qué? Ante todo, porque Él, el más grande de todos –el Maestro– no tiene miedo de reconocer sus sentimientos, su tristeza infinita. Por ello, la *primera condición* para no dejarnos esclavizar por los sentimientos es reconocerlos, acogerlos: son lo más humano que tengo, son la expresión de mi humanidad; ensanchan mi corazón y mi razón, abren de par en par toda mi necesidad. ¡Qué humano es mi sentimiento! Da igual si estoy enfadado, aburrido, triste o entusiasmado, lo reconozco, no tengo vergüenza de decirlo. Esto es algo propiamente humano. También mi perro experimenta sentimientos. Cuando me ve, comprendo que está feliz: mueve el rabo, viene a mi encuentro, salta; cuando cierro la puerta y no lo llevo conmigo fuera, pone los ojos tristes. Yo creo que mi perro tiene sentimientos, pero “coincide” con sus sentimientos. Mi perro es el sentimiento que experimenta; no puede decir: «Hoy estoy triste, ¡qué humano es mi sentimiento!», ¡porque es un perro! Pero nosotros sí, nosotros podemos decirle a un amigo o a nosotros mismos: «Hoy estoy triste», y de este modo empezamos a no dejarnos dominar por este sentimiento. Este es el primer paso.

Don Giussani tenía un aprecio profundo por los sentimientos que ponen en movimiento el corazón del hombre, y no permitía que fuesen reducidos a la instintividad, ni a un mecanismo frío e insensible. Cuenta en un libro suyo que una vez fue a la fiesta de final de curso de un grupo al que daba clase; en un momento dado, los chicos se pusieron a bailar. Había una chica un poco gordita que bailaba bien. Aquellos cuerpos que normalmente estaban quietos detrás de los pupitres daban vueltas sobre sí mismos, daban vueltas unos alrededor de los otros. Un baile tipo años 70. Era bonito verles bailar así pero, en un momento dado, hacia el final de la noche, les paró y les dijo que, al volver a casa, como después de cada noche en que se va a bailar,

una sombra se adueñaría de ellos, un sentido de tristeza –una tristeza que poco a poco sube, se estrecha como una cadena, una tristeza de la que uno se libera solo cuando se duerme–; y a la mañana siguiente, o en otros momentos del día, esa tristeza volvería. Y concluye: «La tristeza es el signo de la grandeza del hombre»³².

El primer paso es, por tanto, reconocer lo humano que es nuestra tristeza. El episodio de don Giussani que acabo de contar nos permite comprender el aprecio que él tenía por el sentimiento humano. ¡Qué humana es esa tristeza de la que ha nacido la filosofía, que distingue al hombre del animal! Qué humano es nuestro sentimiento: la rabia, el aburrimiento, la ansiedad, todo. Tenemos que reconocer todo lo que es humano, tenemos que acogerlo. Sería inhumano hacer como si no existiera, censurarlo –como decíamos ayer por la noche–, con esa poca ternura que a veces tenemos con nosotros mismos.

Tratemos de identificarnos con los pensamientos de Jesús aquella noche. Él no tiene miedo de reconocer y de mirar a la cara su sentimiento. Pongámonos en pie y escuchemos lo que Él dice en aquella noche de profunda tristeza y angustia.

«Llegas a un huerto, que llaman Getsemaní y dice a sus discípulos: “Sentaos aquí mientras voy a orar”. Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir espanto y angustia, y les dice: “Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad”. Y, adelantándose un poco, cayó en tierra y rogaba que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y decía: “¡Abbá!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres”»³³.

Permanecemos en pie para escuchar el canto que repite las mismas palabras de Jesús. *Tristis est anima mea*. «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Ahora veréis una muchedumbre que me rodeará. Vosotros huiréis y yo me inmolaré por vosotros. / He aquí, ya se acerca la hora y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores».

Tristis est anima mea

«Vosotros huiréis empujados por vuestras mismas emociones; en cambio yo, por estas mismas emociones, me quedo y voy a inmolarme por vosotros». ¿Por qué no huye Cristo? Porque su tristeza ha abierto de par en par su corazón hasta apegarse al Único que estaba a la altura de ese sentimiento: su Padre. Su sentimiento, acogido y tomado en serio, le empuja a gritar, a pedir al Padre: «¡Todo es posible para ti! No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres». Por eso, «la emoción no [...] es negativa», sino que «tienes que “registrarla”, tienes que [...] utilizarla para el fin para el que te sirve: la relación afectiva que quieres vivir»³⁴. Esa tristeza le ha servido a Cristo para redescubrir su relación con el Padre, apoyando todo en esa relación que le constituye.

¡Esta es la cuestión, la clave de bóveda de hoy, amigos! Todos nuestros sentimientos –todos, sin excluir ninguno– pueden ser útiles, una vez que los tomamos en serio, para descubrir qué hay de verdad en la vida. Al mirar a Cristo, podemos comprender que existe un camino para mirar a la cara todos nuestros sentimientos sin vernos sometidos por ellos. Una vez que los hemos acogido, *todos los sentimientos pueden*

³² Cf. L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, Marietti 1820, Génova 2002, pp. 70-71.

³³ Mc 14, 32-36

³⁴ L. Giussani, en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 31.

convertirse en el camino para reconocer y apreciar aquello que es verdadero en la vida. Es posible mirar cualquier emoción porque todas las emociones –como ha dicho de forma inteligente Lady Gaga en su canción *Million reasons*³⁵– que te llevarían a huir de una relación, todas las dudas que te surgen, toda la tristeza que te asalta, sirve para encontrar «una buena razón para quedarte», para ver si hay una buena razón para apegarse a algo. Todas las dudas, todas las incertidumbres, si no nos quedamos parados en ellas, pueden llegar a ser en primer lugar el camino para darnos cuenta de lo humanos que somos y, en segundo lugar, para descubrir lo que es verdadero en nuestra vida. Todos los sentimientos, en lugar de confundirnos, y siempre que no tratemos de evitarlos, se convierten en camino.

Para que me comprendáis mejor pongo un ejemplo que está contenido en *El sentido religioso*³⁶ de don Giussani. Estoy delante de una montaña estupenda, y entonces para verla mejor tomo unos prismáticos. Al principio lo veo todo negro, porque las lentes no están enfocadas. Don Giussani dice: nuestras emociones son como lentes que no están enfocadas. ¿Cuál es nuestra tentación? Decir: «Me había confundido, la montaña es fea», tirar los prismáticos y marcharme. En cambio, lo más bonito de la vida, lo que es más propio de los hombres es reconocer en primer lugar: «Anda, los prismáticos están desenfocados», y luego enfocar las lentes –que sirven para permitirnos ver mejor los objetos que están lejos– y decir: «¡Pero qué montaña más increíble!». Para esto sirven las emociones, pero deben ser enfocadas para mirar lo que es verdadero para mi vida, es decir, lo que es noble, ¡lo que se mantiene de verdad con el tiempo!

Con mucha frecuencia nos encontramos frente a sentimientos que parecen desenfocados, vemos solo el miedo y la tristeza, la alegría o el entusiasmo, y esto nos hace huir o bien tratar de permanecer impasibles. La tentación mayor es quedarnos en lo que experimentamos, diciendo que todo es bonito o todo es feo. En cambio, cualquier sentimiento hay que enfocarlo, hay que entender que la tristeza, el aburrimiento, la ansiedad, la alegría, el asombro, te sirven para mirar mejor la realidad, para descubrir mejor lo que es verdadero, para apegarte a lo que es bello. En una palabra, tienes que enfocarlos.

La emoción es algo muy valioso, porque representa la primera reacción frente a lo que sucede, pero ese estado de ánimo no es un fin en sí mismo. Sirve para poner el corazón en movimiento, para movilizar esos criterios que llevas dentro y que te permiten decir: «¡Esto sí que es bonito, verdadero, bueno, justo!». El corazón dice: «Así está desenfocado, así se ve un poco mejor, ¡ahora se ve bien!»; y entonces puede juzgar: «Esta tristeza es buena, porque me empuja a apegarme a lo que cuenta de verdad; en cambio, esta otra tristeza es una mentira, porque me lleva a poner en duda algo que es verdad. Este entusiasmo es falso, porque cuando lo sigo me deja cada vez más solo; en cambio, este otro entusiasmo es verdadero, porque es entusiasmo por alguien que me abraza incluso cuando estoy triste». Si tomamos solo la emoción podemos confundirnos, pero si tomamos la emoción unida al corazón, no; el corazón no se equivoca, dice Dostoievski³⁷, porque el corazón va a buscar aquello que resiste, que dura, que es bello, aquello que no engaña. Con el corazón reconoces qué llena el abismo que ha abierto tu emoción y que te deja, en cambio,

³⁵ *Ibidem.*

³⁶ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 49.

³⁷ F.M. Dostoievski, en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 31.

cada vez más solo y atemorizado³⁸.

Entonces, es necesario comparar las emociones con el corazón, como hizo Cristo aquella noche. Porque la emoción puede confundirnos, pero el corazón no. Por ejemplo, después de haber pasado una preciosa tarde juntos, mi novia me invita a tomar una copa y a fumar algo: ¡es tan bonito, está tan rico, es tan fascinante! Pero yo os aprecio lo suficiente como para pensar que todos vosotros os dais cuenta de que hay una forma de quererse, de estar con la novia que va detrás de la emoción y que solo deja tras de sí tierra quemada, y que hay otra forma de dar fuego a ese entusiasmo, de darle crédito, que no lo quema todo, no lo arruina todo, sino que permite que dure. Esta es la emoción comparada con el corazón. De este modo, aunque durante la entrada en el salón tengas ganas de hablar con un amigo tuyo y pienses: «Bueno, tengo ganas de hablar, ¿qué puedo hacer?», puedes reconocer tu dificultad, tu distracción y preguntarte: «Pero, ¿por qué estoy aquí?». «Estoy aquí porque espero algo para mi vida», y entonces enfoco la distracción y, en vez de distraer también a mi amigo, me guardo mis palabras y me digo: «Ostras, estoy aquí para esperar algo grande». O bien puedo seguir el impulso de la emoción y ponerme a hablar, olvidándome de por qué he venido aquí.

Entonces, ¿cómo llegas a entender que tu sentimiento está verdaderamente enfocado y que no te estás ahogando entre el oleaje de tus emociones? Lo entiendes por el hecho de que ese sentimiento, cuando está enfocado, te permite respirar, te permite apegarte, te permite dejar de dar vueltas en el vacío. El sentimiento se convierte entonces en energía nueva que te permite meter la marcha y apegarte a lo que es verdadero en el camino de la vida; te permite vivir, ¡no te deja ser esclavo! Te vuelves señor de tu vida.

Lo describe mucho mejor que yo una chica que ha enviado una contribución impresionante: «Hace exactamente un año, cuando estaba en el Triduo, empecé a tener problemas de salud, tenía tal miedo a ser abandonada que me impedía estar con la gente y condicionaba por completo mi comportamiento. Trataba por todos los medios de rechazar mi condición y me enfadaba, porque no entendía el motivo de un dolor tan grande, no entendía por qué me tenía que pasar justamente a mí. Tenía un gran deseo de vivir y de implicarme a tope en las cosas que hacía, pero inevitablemente estaba limitada». ¿Lo veis? Precisamente frente a la enfermedad, nuestra amiga se ve dominada por algunas emociones: la rabia, el miedo de ser abandonada, el no entender, la incompreensión. Pero luego continúa –escuchad la voz de su corazón–: «Todo se había convertido en una exigencia de plenitud, cada relación gritaba libertad. En ese momento, asumí la posición más sincera: me reconocí necesitada de Alguien al que poder confiar toda mi miseria». ¿Habéis entendido? Esa emoción, si no hubiese sido comparada con el corazón, le habría llevado a decir: «Mi vida es un asco», le habría llevado a tirarse por el suelo y decir: «¡Qué mala suerte tengo!». En cambio, justamente en esa situación, el hecho de mirar su corazón hizo que le entrasen ganas de vivir e hizo brotar en ella una exigencia única. Yo envidio a esta amiga por el sentimiento de la vida que tiene. No veo el momento de tener cada vez más amigos como ella, que miran sus emociones así. Hasta llegar a pedir: «Quiero llevar esta cruz, pero sola no puedo. Dame el valor necesario para poder estar delante de mi herida». Quizá ella no se ha dado cuenta de que repite las mismas palabras de Jesús, cuando estaba a punto de morir. «Padre, sé que todo es

³⁸ Cf. E. Dickinson, en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 32.

posible para ti, pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres»³⁹.

Cuando uno afronta así la rabia, el aburrimiento, la incomprensión, ¡qué humanidad, qué capacidad de alegría y qué plenitud de vida surgen!

Esta amiga nuestra, al igual que Cristo, ha comprendido que todos los sentimientos, si se comparan con el corazón, pueden ser la ocasión para abrir de par en par la vida, para descubrir lo que es verdadero, lo que permanece, lo que verdaderamente hace apasionante la vida. Cristo comprende que todos sus sentimientos de hombre (tristeza, angustia, miedo) no pueden perderse, ni puede huir de ellos, sino que se ordenan, se enfocan hacia la “buena razón” por la que ha dado la vida: su relación con el Padre, que nunca le había traicionado: «No sea como yo quiero, sino como tú quieres». Si se hubiese quedado en la superficie de su reacción, habría huido, como hicieron sus discípulos. En cambio, no ignora su emoción, sino que entiende que esa tristeza humana y ese miedo a la muerte abren su corazón, sirven para redescubrir y reafirmar su relación con el Padre, que le había sostenido durante toda la vida.

«NUNCA HEMOS VISTO UNA COSA IGUAL» (Mc 2,12)

«Jesús les contestó: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará”»⁴⁰.

Esta era la gran razón que dominaba todos los sentimientos de Cristo. No es una filosofía. Y, por favor, no digamos: «Él es estupendo, pero yo no soy capaz». Yo soy el primero que no soy capaz. Pero este no es el problema ahora. En este momento tenemos que mirar simplemente la «buena razón» de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto»⁴¹.

Guiado por esta buena razón, se conmueve y rompe a llorar porque su amigo Lázaro ha muerto⁴²; se enfada con los que transforman el templo en un mercado de objetos religiosos⁴³; llega incluso a estar cansado por todo lo que cura a la gente, por todo lo que les habla⁴⁴; va en busca de todos los hombres, porque son como ovejas perdidas, sin pastor⁴⁵. Todos los sentimientos, tan profundamente humanos, que llenaban Su corazón, todas las fatigas que gustosa y libremente afrontaba, estaban ordenadas a una sola finalidad, dentro de la obediencia al Padre que nunca le había traicionado, tenían una sola razón: dar la vida para desbloquear al hombre de sus condicionamientos –como decíamos ayer por la noche–, para liberar al hombre de esta dictadura de las emociones, para abrir finalmente su corazón y su razón.

No hace falta que sea católico para comprender todo esto. Me ha impresionado que algunos de vosotros que estáis aquí, y que no sois católicos, ante la pregunta: «Pero, ¿por qué venís?», hayáis respondido: «Porque

³⁹ Cf. Mc 14,36.

⁴⁰ Jn 12,23-26.

⁴¹ Jn 12,24.

⁴² Cf. Jn 11,33-35.

⁴³ Cf. Mc 11,15-19.

⁴⁴ Cf. Jn 4,6.

⁴⁵ Cf. Mc 6,34.

aquí sale a la luz mi humanidad, aquí se habla de mí». Otro me ha dicho: «Cuando hablas de Dios no te sigo mucho, pero cuando hablas de las relaciones, dices cosas verdaderas». Jesús no necesita, como diría el papa Francisco, prosélitos, gente que tenga el carnet y pague el peaje por pertenecer al grupo diciendo: «Sí, sí, no te preocupes, voy al encuentro». Jesús solo tiene una preocupación: liberar al hombre y hacer que pueda sentirse por fin él mismo. ¿Incluso al hombre que le rechaza? ¿Incluso al hombre que le odia? ¡Sí! Incluso a Judas, incluso a mí. A Jesús le caracterizaba la conmoción por la nada que es el hombre, hasta tal punto que se conmovió incluso por la traición de los suyos. Como dice don Giussani: «Dios se ha conmovido por nuestra traición, por nuestra tosca pobreza, olvidadiza y traidora, por nuestra mezquindad. [...] “Me he conmovido porque tú me odias”. Es una emoción, es como una emoción; es una conmoción, contiene una conmoción»⁴⁶. Desde el primer día de su misión, todos los sentimientos de Jesús estaban marcados por esta conmoción por cada uno de nosotros; vivía todo para consumirse en esta pasión por el hombre, hasta llegar a morir. No muere por el odio, sino que muere por amor al hombre. Escuchemos ahora *O côr soave*, que dice que Jesús no murió a causa de un cuchillo puntiagudo, de la violencia de los hombres, sino que se inmoló, murió a causa del amor, por una flecha disparada por el Amor en persona.

O côr soave

«Me he conmovido porque tú me odias». Parece imposible que un hombre pueda amar tanto que ofrezca su vida por quien le odia. Parece imposible, pero ha sucedido. Sus amigos le veían vivir así continuamente, y continuamente decían: «¡Nunca hemos visto una cosa igual!». Lo decían desde el primer día en que se encontraron con Él, por su pasión continua por cada hombre, por su pasión por mí, por mí tal como soy, con todos mis límites evidentes (¡más allá de las apariencias!). Desde el día en que los dos primeros se encontraron con Él, no dejaron de repetir esta frase («¡Nunca hemos visto una cosa igual!»), sorprendidos por su personalidad tan capaz de penetrar hasta lo más íntimo en sus personas, de descubrir su carácter. No se trataba solo de una impresión ocasional, de un sentimiento fugaz.

Muchos de vosotros describís así el encuentro que habéis tenido con GS: por fin alguien que no os juzga; sentís que os desbloqueáis; sois conscientes de que no sois perfectos, sino que sois preferidos, y no por alguna cualidad especial; os sentís simplemente abrazados. Como cuenta uno de vosotros: «Por primera vez en mi vida, he encontrado en medio de las dificultades una presencia para mí, que va más allá de lo que soy y que siempre consigue ir más allá de mi malestar, empujándome a sacar siempre lo mejor que hay en mí».

Entonces, decir: «¡Nunca hemos visto una cosa igual!» delante de ciertas experiencias que sacan lo mejor de nosotros mismos, ¿no es una emoción que pasa? No, porque siguen sucediendo los hechos, hechos tan “explosivos” que una y otra vez vuelven a abrazarnos, a aferrarnos, nos reconquistan y no dejan que nos emborrachemos de emociones, sino que nos hacen ir al fondo de estas y hacen que crezca el afecto en nosotros, nos llenan de una pregunta – que surjan preguntas es un signo precioso–: «Pero, ¿quién eres Tú que frente a mí, a mi pequeñez, a mi nada, me das todo esto?», escribe uno de vosotros. Y una amiga nuestra, hablando de todo lo que le ha sucedido después de la muerte de su madre, pregunta: «¿Quién es el que puede

⁴⁶ L. Giussani, en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 33.

hacer que incluso un hecho trágico sea algo maravilloso?». Otro se siente conquistado por el movimiento y dice: «Está bien, porque es el comienzo». Pero después invita a sus padres y también ellos están contentos. Y entonces podría decir: «Sí, pero yo no soy capaz. Ya ha pasado la emoción del principio». Y sin embargo invita también a sus abuelos y también ellos se quedan fascinados. Después hace algo «imposible», casi comparable a la resurrección: ¡invita a su profesora de matemáticas! ¡Y también a ella le interesa! ¿Os dais cuenta? La profesora de matemáticas: ¡es la revolución del cosmos! Si conquista el corazón de una profesora de matemáticas, ¡quiere decir que puede conquistar a todos! No lo digo porque yo la haya tomado con las profesoras de matemáticas –tengo el máximo respeto por ellas–, lo digo para subrayar lo grande que es Cristo.

Desde el primer día de su vida hasta el último, los apóstoles se hallaban delante de ciertos hechos que abrían por completo sus preguntas; fue un continuo sorprenderse de todo lo que Él hacía, de cómo sabía mirar la enfermedad, de cómo no condenaba a los pecadores, de cómo sabía poner en la picota a los sabios de la época, pero sobre todo, de cómo percibía hasta el fondo su humanidad, hasta tal punto que no dejaban de repetir: «¡Nunca hemos visto una cosa igual!». Y al igual que nuestro amigo invitó a su profesora de matemáticas, también los discípulos se preguntarían: «¿Quién eres Tú que has tomado tal iniciativa en nuestras vidas, que nos has conquistado de este modo? ¿Quién eres Tú? ¡Nunca hemos visto nada igual!». Y también yo lo repito, pero no impulsivamente, como lo puedo decir frente a una puesta de sol o a una velada bonita. Yo digo: «¡Nunca hemos visto una cosa igual!» delante de una presencia, y quiero ir detrás de ella, quiero conocerla mejor, no quiero dejarla nunca. Como cuenta uno de vosotros, que ha conocido a algunos de GS trabajando este verano en un hotel, y que se queda impresionado de cómo le tratan, es decir, como a un hermano, hasta el punto de que le invitan a las vacaciones; pero él les dice: «No, yo no soy un tipo de Iglesia», y lo deja pasar. Cambia el turno de trabajo y llegan otros bachilleres que no conocen a los de antes, pero él ve que también ellos le tratan como a un hermano, como a un amigo, está bien con ellos; y entonces pregunta: «Pero, ¿quiénes sois?». «Somos de GS». Y él: «¡Ahora sí que voy con vosotros a las vacaciones!». No es la emoción de un instante, es una presencia que sigue sucediendo y que le hace tener cada vez más afecto por estos amigos nuevos. Las vacaciones son preciosas. Termina el verano y ese chico piensa: «Bueno, ahora volveré a la vida de antes» (¿os acordáis de *Non son sincera*, que hemos escuchado al principio?). Vuelve a la escuela, pero cambia de clase. Tiene un compañero nuevo de mesa, que le dice: «¿Por qué no quedamos a estudiar juntos una tarde?». ¡Qué conversaciones tan estupendas con este compañero de mesa! Tiene una humanidad sincera. Entonces él empieza a contarle el verano y su compañero le dice: «¡Yo también he conocido GS!». Entonces empiezan un grupo de bachilleres en su escuela. Nuestro amigo termina así su relato: «Hoy esta compañía forma parte de mi vida cotidiana». Una afirmación como esta no depende de que nuestras emociones duren; la cuestión es que ciertos hechos son testarudos y no nos dejan. Y nosotros, con todo el torbellino de nuestras emociones, tenemos que hacer cuentas con estos hechos; porque podemos ver si nuestras emociones, nuestras dudas, nuestras preguntas, pueden enfocarse para comprender si estos hechos son verdaderos o no.

El último hecho que me ha conmovido verdaderamente, porque parece llevarnos hasta el año cero de la

Iglesia, tiene que ver con un amigo nuestro que procedía de una familia atea, y que por ese motivo no sabía nada de religión. Pero un domingo su hermano pequeño va jugar al fútbol a la parroquia, vuelve a casa y cuenta lo que se hace allí. «Nos quedamos sorprendidos –cuenta– de que un niño fuese a la parroquia incluso los domingos. Después de algunas semanas, volvió a casa y nos explicó la misa; otra vez nos quedamos asombrados. No le hicimos mucho caso; como es un niño, cada cosa nueva que ve le resulta sorprendente. Las semanas siguientes sucedió lo mismo, y después de algún tiempo mi madre empezó a interesarse [¿entendéis? Al final, todas estas posibles emociones tienen que hacer cuentas con los hechos que siguen sucediendo]. Nos mudamos a otra ciudad [podría parecer que todo había acabado]; casi enseguida yo conocí GS y mis padres CL. Un fin de semana que estábamos juntos en casa empezamos a hablar de esto, una reflexión detrás de otra. Le dimos la razón a mi hermano [enfocaron sus prismáticos frente a estos hechos y dijeron: “Quizá por todos estos hechos él tiene razón”]: existe sin duda algo verdadero y bello cuya existencia no conocíamos. No sabíamos ni siquiera qué era una misa o el cristianismo; entonces decidimos bautizarnos. Pero no terminó aquí la cosa [no es suficiente la emoción por el Bautismo recibido]. No había cambiado solo el hecho de pasar de ateos a cristianos, sino que cambió todo. La mirada a la hora de ver las cosas, la actitud, la relación en casa... Antes mis padres eran muy superficiales en la vida cotidiana, eran incomprensibles, mientras que ahora es algo precioso; a veces esperan despiertos a que vuelva de GS para que les cuente qué tal ha ido. Con respecto a la afirmación “Nunca hemos visto nada igual”, yo digo que verdaderamente nunca había visto nada igual, ¡verdaderamente nada! ¿Ha cambiado algo? ¡Sí, ha cambiado todo!».

Desde hace dos mil años, de forma testaruda, obstinada e irreductible, suceden en la vida de cada uno de nosotros hechos –que se repiten en el tiempo, no por un esfuerzo nuestro o por un convencimiento de las personas, sino simplemente por iniciativa del Misterio en nuestras vidas–, suceden hechos que suscitan emociones, emociones que piden que vayas detrás, que provocan preguntas, que generan afectos y un apego sencillamente si no nos quedamos en la superficie del miedo o del asombro.

«¿Quién eres tú?». «Esta compañía forma parte de mi vida cotidiana». «¡Ha cambiado todo!»: ¿Es esta una emoción sin razón o es un sentimiento nuevo de la vida, fruto de una comparación con el corazón, que permite vivir y que genera un afecto nuevo? No es una simple emoción que gira en el vacío sino, como dice Giussani (en la página 33), «el asombro inicial [de los discípulos] era un *juicio*», y no un juicio frío, sino «*un juicio que les hacía estar pegados*»; «era como un pegamento»⁴⁷ que les hacía estar cada vez más apegados a Él. Es un juicio lleno de afecto. No es una emoción que se sacia de sentimientos, sino el descubrimiento de alguien al que yo me apego, al que puedo entregar toda mi debilidad y todas mis preguntas, al que puedo decir: «Me cuesta, no comprendo», sin sentir vergüenza. Por fin puedo ser yo mismo, porque nunca me he sentido tan humano como delante de Él. Llenos de este afecto, podemos empezar a mirar nuestra humanidad como Él la mira: podemos, al igual que Él, no tener miedo de ningún aspecto de nuestra humanidad.

«SEÑOR, SI NOS VAMOS, ¿A QUIÉN VAMOS A ACUDIR?» (cf. Jn 6,68)

⁴⁷ L. Giussani, en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 33.

Como conclusión de esta mañana vuelvo a lo que, a mí y a los demás adultos, nos apremiaba más decirnos. Podemos no haber entendido nada, pero nos demos cuenta de que incluso nuestra incomprensión, como hemos mostrado esta mañana, puede ser útil. Podemos olvidarnos de todo lo que nos decimos y equivocarnos de nuevo mil veces, pero incluso el error puede ser útil porque se aprende más equivocándose que haciendo pasar como justo algo equivocado. Podemos olvidarnos, distraernos, estar aburridos, ser presa de distintas emociones opuestas, echar a perder todo en cuanto volvamos al hotel, pero todo esto puede ser de nuevo la ocasión para retomar y redescubrir qué es lo que más nos importa en la vida: descubrir la única Presencia que está a la altura de nuestra humanidad, tan única en el mundo.

Para poder comprender esto, don Carrón nos puso un ejemplo formidable cuando fuimos a verle hace dos días: «Si vas por la calle y de repente alguien te mira a la cara y te da una bofetada, ¿qué haces tú? ¿Por lo menos le devuelves otra! Pero sí, al llegar a tu casa, abres la puerta, y tu madre, nada más verte, te da una torta, ¿qué haces tú? Le preguntas: «¿Por qué?». ¿Lo veis? Cuando uno encuentra una presencia de la que se fía no reacciona dejándose llevar por sus emociones, sino que todas sus emociones, todo su asombro, toda su rabia, su dolor, se convierten en ocasión de diálogo, le empujan a preguntar: «¿Por qué?». «¿Por qué estoy distraído ahora?». «¿Por qué me haces esto ahora?». «¿Por qué este dolor?». Puedes dirigirte a alguien: la vida es este diálogo estupendo. Como el diálogo de Cristo con el Padre, aquella tarde: «¿Por qué, Padre?». Esta pregunta le hace apegarse radicalmente a Él, hasta la muerte: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú»⁴⁸ (Mt 26,39). De este modo, todos nuestros sentimientos, nuestras incomprensiones, nuestras distracciones, no son un obstáculo, sino que puede servir para apegarnos más a Cristo; no para huir de Él, sino para volver a descubrir que Él no nos abandona nunca, está con nosotros como el primer día. Y la vida llega a ser este diálogo.

«El espíritu está pronto, pero la carne es débil»⁴⁹. Y así –os lo aseguro– con el tiempo quizá uno no se vuelve más capaz, pero está cada vez más apegado, más conquistado por esta Presencia que sucede en nuestra vida; crece el afecto y el deseo de seguir fielmente, no dejándonos llevar por las oleadas del sentimiento efímero, sino como fruto de enfocar, de juzgar cada sentimiento, como fruto del reconocimiento lleno de afecto, de emoción verdadera, de aquello que nos ha sucedido. Como dice Giussani: «El afecto no es una oleada», como los sentimientos, sino que es «ceder continuamente a la atracción de la verdad, es quedar cautivos de lo verdadero, lo bello y lo justo. ¿Cautivos?!». No. «¡Seguidores!»⁵⁰.

El testimonio de un amigo nuestro, que describe una situación en la que creo que muchos de nosotros nos hemos encontrado, nos permite comprender bien qué quiere decir seguir, comparar todo con una presencia. «Una noche, mientras toda la clase estaba en el autobús [durante una excursión], algunos amigos de GS junto a algún que otro compañero mío empezaron a cantar juntos, de forma un poco caótica, pero apasionada. Yo estaba junto al grupo de mis amigos los “guays”, que empezaron inmediatamente a insultar a los chicos que cantaban, sin que esto hiciera desistir a mis compañeros de cantar juntos. En medio todo aquello, surgió de forma inmediata y casi violenta esta pregunta: ¿soy más feliz yo, obligado a permanecer callado para no

⁴⁸ Mt 26,39.

⁴⁹ Mt 26,41.

⁵⁰ L. Giussani, en «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 34.

sentirme juzgado de forma negativa por mis amigos guays, o ellos, que están juntos de una forma tan libre de prejuicios que, si tienen el deseo de cantar por la noche en el autobús delante de todos, no dudan un segundo en hacerlo?». ¿Lo veis? Todo se puede mirar. Al principio se avergüenza y los desprecia, pero el corazón es infalible, y entonces, enfocando aquella vergüenza y aquel desprecio, frente a esa presencia tan irreductible, se pregunta: «Pero, ¿quién es más libre? ¿Quién es más feliz?». Gracias a su vergüenza, gracias a su no sentirse “guay”, ha podido descubrir, ha podido volver a apegarse a las personas que le quieren más. Continúa así: «La respuesta era evidente, entre esas posibilidades, era yo el que estaba triste, el que no era libre para ser el mismo. Me ha resultado enseguida evidente esa gran amistad que me acepta tal como yo soy, nunca había visto antes una amistad así». Enfocar el sentimiento no es el fruto de un autoanálisis, sino es rendirse a esta evidencia, poner en primer plano esta evidencia con respecto a nuestros prejuicios, trasladar nuestro centro afectivo de lo que nos domina (pensamientos, prejuicios nuestros y de los demás) a una presencia que sucede de forma testaruda y nos retoma para que podamos ser fieles a ella.

El camino que haremos esta tarde en el *Vía Crucis*, como todo el camino de la vida, es hacer esta comparación, como ha hecho nuestro amigo: ¿qué me hace más libre? ¿Qué me hace más feliz? ¿Qué me hace ser más yo mismo? Aunque partamos de nuestros prejuicios o de los de los demás, al final tenemos que movernos nuestro corazón desde lo que pensábamos, desde lo que los otros piensan de nosotros, a lo que verdaderamente se mantiene en pie, aunque esto cueste un sacrificio, aunque esto signifique dar la cara. En la vida, así como cada tarde durante el *Vía Crucis*, habrá momentos en los que no todo estará claro, momentos en los que nuestro límite, nuestras imágenes, parecerán imponerse (el aburrimiento, la distracción, el entusiasmo, etc.), como la lente desenfocada del telescopio. Y entonces podremos decir, llenos de este afecto, como hizo un día san Pedro: «Tampoco nosotros entendemos, pero si nos marchamos, ¿a quién vamos a acudir?»⁵¹. Toda esta confusión me resulta útil para comprender que solo Tú me haces ser verdaderamente humano. Por eso yo Te sigo, no ciegamente, sino fielmente, razonablemente, con todo mi afecto, con todo mi corazón. Como dice una preciosa novela de De Wohl –que os recomiendo–, *La lanza de Longinos*, que cuenta la vida de Jesús desde el punto de vista de un centurión romano. En un momento dado, se describe la figura de la pecadora que se siente al final perdonada y liberada por Jesús; su familia la rechaza y ella va a buscar a Sus amigos, porque no encuentra a Jesús; y María Magdalena le pregunta: «¿Qué quieres de él?», y ella responde: «No sé a qué otro sitio ir». Yo os digo lo mismo: yo no sé muy bien que quiero de mi vida; nuestra amiga ayer por la noche quería un tatuaje, un piercing; esas cosas yo no las quiero, pero tampoco sé muy bien qué quiero de mi vida, qué vida espero para mí, pero solo me importa una cosa: quiero ir donde esté Él, porque no sé a qué otro sitio ir. También yo quiero ser “seguidor” de este Hombre que me ha hecho ser yo mismo como nunca lo había sido, aunque esto cueste trabajo, aunque me equivoque muchas veces. Aunque alguna vez me pueda ir, sé que quiero ir donde esté Él, no sé a qué otro sitio ir.

Tenemos un lugar al que volver, tenemos una presencia a la que seguir, no porque ya no nos equivoquemos más, no porque ya no nos olvidemos de ella, sino porque, ¿dónde, sino frente a Él, mi humanidad es abrazada por fin por lo que es, sin vergüenza alguna? Como cuenta la última contribución de uno de vosotros

⁵¹ Cf. Jn 6,68.

que, en su último año de escuela, escribe: «Todavía percibo muchas veces que me cuesta [¡si supieses, amigo, lo que me cuesta a mí todavía!], me encuentro herido o escéptico, pero cada vez que me pasa esto, en un momento dado, no puedo dejar de volver a lo que he visto en el encuentro con muchas personas y pensar con sencillez: “Puedo huir lo que quiera, pero nunca he visto una cosa igual”».

Amigos, cada uno de nosotros está llamado a este juicio del corazón, a buscar un lugar al que pueda decir, no ya sobre la oleada de la emoción, sino con una verdadera conmoción que dura en el tiempo: «No tengo otro lugar al que ir, porque nunca he visto nada igual». Y así, llenos de afecto, seamos seguidores de este Hombre que se ha conmovido incluso por nuestro odio. Cristo no se detiene frente al miedo y a la distracción, no tiene miedo de mirar a la cara la tristeza y a tomar sobre sí la cruz por nosotros. Él sigue muriendo como el grano de trigo, porque estamos bloqueados por la esclavitud de nuestros sentimientos y de nuestras emociones, que solo dejan en nuestras manos tierra quemada.

Llenos de afecto, vayamos tras los pasos de Dios, que no deja de pasar por nuestra vida llenándonos de asombro. Este es el sentido del *Vía Crucis* de cada tarde.

Con un mínimo de afecto, con un mínimo de curiosidad que incluso los no cristianos pueden tener, caminemos preguntándonos: «Pero, ¿quién eres Tú? ¿Quién eres Tú que das la vida por todos?». Vayamos detrás de la cruz con este gesto mínimo de curiosidad. No es una conmemoración histórica, y pedirnos que vayáis en silencio no es una orden al estilo militar. Somos como los amigos de uno que está yendo a morir, y por eso nos preguntamos: pero, ¿hasta este punto? ¿Hasta este punto Te conmueves por mí, por mi distracción –y mientras yo sigo distrayéndome–, por mi incomprensión –y mientras yo sigo sin entender–? Sin embargo, hagamos que esta incomprensión, que esta palabra que nos apetecería decirle a nuestro amigo durante el *Vía Crucis* se convierta en ocasión para preguntarnos: «Pero, ¿quién eres Tú para mi vida?» y para redescubrir el afecto que tenemos por este Hombre. Por eso buscamos amigos verdaderos, no los que viven en la onda de la emoción, porque esos son cómplices, sino los que saben reclamarnos, los que saben corregirnos para llevarnos de nuevo a nosotros mismos y no para que seamos como quieren ellos. Por este motivo, dos amigos que esta tarde se miran en silencio, reclamándose a mirar a la cruz, son amigos verdaderos. Ayer por la noche, cantando con algunos amigos de Bolonia, decía: «No hay nada más parecido al silencio que este canto», cuando cantamos todos juntos. Qué bien cantamos ayer por la noche siguiendo al director del coro, cuando teníamos que bajar la voz, cuando teníamos que gritar, cuando tenía que cantar uno y los demás quedarse callados, éramos como una sola voz, y sin embargo, ninguno sentía que se hubiera expresado menos que si hubiera dicho lo que se le pasaba por la cabeza. ¿Sabéis qué es lo más cercano a esta forma de cantar juntos, qué es todavía más profundo, diría? El silencio. Porque en el silencio ocurre lo mismo: sigues lo que sucede como el gesto del maestro del coro, y tratas de estar atento para ver cuándo hay que hablar, a dónde hay que mirar, cuándo hace falta escuchar. El silencio no es llenarse la cabeza de pensamientos porque esto, lo sé, nos da miedo, sino que es sacar tu corazón, tus ojos, tus oídos, tus emociones y pegarlas a lo que está sucediendo, pegar todo esto a la cruz, pegarlo a esa palabra del cuadernillo, a la voz del amigo que está cantando contigo, dejando que los ojos y el corazón se llenen de lo

que sucede. ¿Quién eres tú cuando haces silencio? Eres la profundidad de lo que sucede. Cuando haces silencio de este modo y pegas toda tu persona a lo que sucede, igual que el coro –lo habéis visto– se pega al maestro que dirige, eres más tú mismo que si dijese a tu amigo la primera chorrada que se te ocurre.

Es un desafío. Pero no os lo propondría si no supiese lo bonito que es para mí. ¡Os invito a que lo intentéis también vosotros! Tenéis el resto del día para decir lo primero que se os pasa por la cabeza, ¡pero intentadlo por lo menos hoy por la tarde! Busquemos un amigo que nos ayude a mirar, que nos ayude a seguir en silencio.

Concluimos escuchando *Dulcis Christe*. Tratemos desde ahora de pegar nuestro corazón, nuestros ojos y nuestros oídos a cada palabra. Tratad de imaginar a este Hombre que se conmueve porque le odiamos. Pongámonos en pie.

Dulcis Christe

Ángelus

Testimonio de Giorgio Vittadini

Sábado 15 de abril, por la mañana

Pigi Banna. Cada mañana, como Cristo esta mañana, debemos salir del sepulcro. No solo del sepulcro de nuestra cama, sino del sepulcro todavía más cerrado de nuestros pensamientos, de nuestras emociones confusas sin enfocar, de nuestras desilusiones, ese sepulcro que nos empuja a decir que ayer por la noche nos equivocamos y que nuevamente nos equivocaremos esta mañana.

Y sabemos que no somos capaces de salir del sepulcro con nuestras propias fuerzas. Si buscábamos estos días una técnica de supervivencia, os aseguro que no queríamos dárosela porque no existe. Si buscabais algo que haga durar la emoción de este Triduo os aseguro desde ya que no existe, que también la emoción terminará. Pero estoy contento de que termine. Si buscabais una inteligencia especial de las cosas os digo, os aseguro que esto no es lo que queríamos comunicaros.

Lo que queríamos comunicaros, aquello que es cierto, es ponerlos delante de la vida de un hombre que hace dos mil años abrió las puertas del sepulcro y sigue gritando al sepulcro de tu cama, de tus pensamientos, de tus emociones. Como ha dicho el Papa: «Sal fuera, que la vida es para ti».

Desde hace dos mil años, Su compañía te grita: «Sal fuera del sepulcro, porque tu vida es grande». No nos hemos buscado una técnica de supervivencia ni una moral especial, sino que tenemos la certeza de una presencia que cada mañana nos trae el anuncio: «¡Levántate! ¡Mira! Yo estoy contigo».

Ángelus

Alberto Bonfanti. Como cada año –y no lo digo como una formalidad, sino verdaderamente edificado e impresionado– han llegado muchas preguntas leales y sinceras sobre lo que hemos vivido estos días. El corazón de las preguntas, bajo formulaciones distintas, ha sido seguramente el nexo entre sentimiento y corazón del que hablaba ayer por la mañana don Pigi. Todas las preguntas que habéis mandado son expresión del deseo de crecer, de hacerse grande, de tomarse en serio la propia vida, de ser protagonista sin descargar la propia libertad sobre los demás, de vivir a la altura del propio deseo. Aunque conlleve un compromiso, aunque este deseo pueda resultar fastidioso, como decía ayer por la noche una chica durante la asamblea de mi hotel. Me gustaría deciros ante todo que estas preguntas se han suscitado por lo que habéis vivido, por lo que habéis escuchado. Como ha dicho un amigo durante estos días, «habéis hecho que surjan cuestiones que estaban dentro de mí pero que han salido a la luz por lo que decía don Pigi». Y esto no es algo secundario, porque expresa un método, expresa que el camino que debemos emprender es darnos cuenta de lo que hemos visto, de lo que ha sucedido, de lo que se nos ha dicho. El contenido de estos días lo retomaremos en el camino de la Escuela de comunidad durante los próximos meses. Lo que hemos vivido lo han dicho más vuestros ojos que vuestras palabras que, como dice una canción de Chieffo que me gusta mucho, por los ojos se entiende cuándo comienza nuevamente la vida. Lo que hemos vivido lo han dicho más vuestros ojos, vuestra participación, la tensión por hacer silencio que habéis vivido incluso entre mil dificultades durante el *Via Crucis*, vuestra capacidad de ponerlos en marcha ante un reclamo, como ayer por

la mañana, cuando don Pigi nos reclamó al silencio por el modo distraído con el que habíamos entrado en el salón. En resumen, hemos sido aferrados por algo que nos ha atraído, por alguien que nos ha conmovido, como habéis escrito varios, por algo que nos ha hecho respirar, como ha escrito un amigo francés: «Es como si me hubiesen dado otro pulmón». Y esto es importante, no para eludir cualquiera de vuestras preguntas, cualquiera de nuestras preguntas, sino porque solo si nos damos cuenta, si caemos en la cuenta de que este asombro y esta conmoción nacen de una presencia que puede decir a nuestro amigo (lo escuchamos ayer) en circunstancias dramáticas: aunque una madre se olvidara de su hijo, yo nunca te olvidaré; solo si nos damos cuenta de esta presencia podremos estar frente a nuestro deseo, a nuestras preguntas sin buscar respuestas en definiciones o en reglas de comportamiento, como a veces estamos tentados de hacer, o tratando de reducir las, sino estando delante de estas preguntas con la certeza de que cada una de ellas es un paso hacia nuestro destino. Mirad qué pertinente es con respecto a lo que hemos vivido, y que he tratado brevemente de resumir, el mensaje que también este año nuestro amigo Carrón nos ha enviado. Lo leo: «Queridos amigos, Pienso en cada uno de vosotros dominado por el deseo de crecer. Crecer quiere decir tomar en nuestras manos las redes de nuestra vida. Pero esto no siempre es sencillo. De hecho, a veces nos entran ganas de volver atrás. Era más cómodo, menos comprometido, cuando eran otros los que pensaban en afrontar los problemas por nosotros. Y muchas veces vuelve la pregunta: pero yo, ¿quiero crecer de verdad o prefiero seguir siendo un niño? Secundar el deseo de crecer requiere un amor, una pasión por nosotros mismos. Vivir a la altura de nuestro deseo requiere un compromiso. Es solo para los que son audaces, como os digo a menudo; es para quien quiere ser protagonista en primera persona, sin descargar su propia libertad sobre los demás. Soy yo el que quiere descubrir toda la belleza de la vida, toda la intensidad que puede alcanzar mi vida. Descubrirlo, nos recuerda don Giussani, es «una meta solo posible para quien se toma en serio la vida», sin excluir nada: «amor, estudio, política, dinero, hasta el alimento y el reposo; sin olvidar nada, ni la amistad, ni la esperanza, ni el perdón, ni la rabia, ni la paciencia». La razón de esta audacia es la certeza inquebrantable que tiene Giussani de que «en cada gesto hay un paso hacia el propio destino» (*El sentido religioso*, pp. 60-61). ¡Qué impresión levantarse cada mañana con la curiosidad por descubrir cómo puede revelarse en cada gesto, en cada desafío que debemos afrontar un paso hacia el destino! Solo podemos hacerlo por la certeza de tener un compañero de camino como Jesús. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Con Su compañía podemos atrevernos a afrontar cualquier desafío, como nos testimonia alguien que no ha tenido miedo de crecer, el papa Francisco: «No nos dejemos aprisionar por la tentación de quedarnos solos y desmoralizados llorando por lo que nos sucede; no cedamos a la lógica inútil y estéril del miedo, a la repetición resignada de que todo va mal y de que ya nada es como antes. Esta es la *atmósfera del sepulcro*; el Señor desea en cambio abrir el camino de la vida, el del encuentro con Él, el de la confianza en Él, el de la *resurrección del corazón*, el camino del “¡Levántate! ¡Levántate, sal fuera!”. Esto es lo que nos pide el Señor, y Él está junto a nosotros para hacerlo» (*Homilía en Carpi*, 2 de abril de 2017). ¡Feliz Pascua! Vuestro amigo Julián».

Necesitamos toparnos, encontrarnos, estar junto a gente que no tiene miedo de crecer, como el Papa, como Carrón, como don Pigi, pero también como muchos entre nosotros. Este es el valor del testimonio

entre nosotros. Esta es la razón por la que hemos invitado, y se lo agradecemos, a mi amigo, a nuestro queridísimo amigo Giorgio Vittadini –profesor ordinario de Estadística en la Universidad Bicocca de Milán– al que cedo la palabra.

Giorgio Vittadini. Espero que el aplauso sea por Albertino, ¡nunca se sabe cómo terminará la cosa...! Quiero contaros cómo estoy en camino a los sesenta y un años. Empieza diciendo que los dos cantos que hemos hecho al inicio, *I cieli* y la *Ballata dell'uomo vecchio*⁵², son el *leitmotiv* de mi vida. En *I cieli* «Él me ha dado», es cierto: yo he sido aferrado por una presencia buena a través de todo el bien que he recibido. Trataré de contároslo. Y digo que he sido aferrado no porque un día tuviera una aparición, sino a través de la realidad «normal». El primer punto de la realidad en el que he sido aferrado por el Señor es mi deseo. Deseo hasta la tristeza, como en la *Ballata dell'uomo vecchio*. La primera parte de lo que quería contar es para comentar estas frases de Julián Carrón: «Secundar el deseo de crecer requiere un amor, una pasión por nosotros mismos. Vivir a la altura de nuestro deseo requiere un compromiso. Es solo para los que son audaces, [...]; es para quien quiere ser protagonista en primera persona, sin descargar su propia libertad sobre los demás»⁵³. Quiero mostraros cómo se ha manifestado este deseo en mi vida, aunque al principio no fuera de forma consciente. Y por eso me gustaría que empezásemos con una canción de Enzo Jannacci, *Pedro Pedreiro*⁵⁴.

Pedro Pedreiro

Yo era un chico normal... bueno, muy normal no... En cualquier caso, me iba muy bien en el colegio, pero en cuanto a lo demás, daba igual lo que sucediese o imaginase, nada me bastaba. Jugaba con la pelota y no me bastaba. No me bastaba ir bien en el colegio. No me bastan los amigos. Tenía dentro una gran inquietud. Como me fastidiaba que la gente me apreciase por la inteligencia y despreciase todo lo demás, entonces hacía cosas raras. Por ejemplo, me apostaba 100 liras a que me metería en un charco, o que me comería el posavasos de cartón de la cerveza. Hacer el idiota expresaba mi deseo de no ser comprado por los demás. Recuerdo que una profesora de secundaria me dijo: «Yo te voy a poner en orden, porque tú –como suele decirse– eres inteligente pero indisciplinado». Al final, yo no había cambiado y ella quedó agotada.

Entonces entiendes que cuando tienes dentro algo así, un deseo tan impetuoso, con facilidad percibes que todos te quieren «normalizar», habitualmente valorando solo lo que haces con la gorra, que para ti no es tan importante, en mi caso el estudio. Pero esto no te vale, porque lo que esperabas era algo bien distinto. Como dice la canción: «Espera algo más allá de su mundo / más grande que el mar». Recuerdo que tuve que hacer una redacción sobre la importancia de Europa. Yo escribí que me resultaba estrecha no solo Europa, sino también Italia, incluso mi barrio, mi escuela, y que cualquier ámbito de pertenencia me parecía algo opresivo. Tacharon mi redacción con un lápiz azul y por poco no me mandan al reformatorio. No sé si habéis

⁵² C. Chieffo, «I cieli» y «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, pp. 332 y 320.

⁵³ Ver aquí, p. 1.

⁵⁴ *Pedro Pedreiro*, letra y música de Chico Buarque; letra italiana de Giorgio Calabrese y Enzo Jannacci, del álbum *Vengo anch'io. No, tu no* (1968).

experimentado alguna vez tener dentro de vosotros algo crucial que los demás no comprenden... Como el principito de Saint-Exupéry que mostraba a los adultos el dibujo de una boa que se había comido un elefante, pero ellos veían solo un sombrero... Si esperáis algo grande, la normalidad os resulta estrecha. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía la sensación de que en la realidad sucedía algo bello y grande, de que mis sueños no eran solo algo imposible. Por ejemplo, escuchaba a mi abuelo que hablaba de la vida preciosa que se hacía en el campo, donde la gente estaba unida y se quería, y me entristecía pensar que esto ya no pasaba. En cualquier caso, la idea de «ponerse en orden» en una vida que consistiese en hacer carrera, ir bien vestido, fiestas, me hacía enloquecer, no me veía ahí. Por suerte llegó el tranvía. Llegó el tranvía que para mí fue el encuentro con el movimiento, primero con un profesor en el liceo y luego en la universidad, con una compañía que por primera vez, en vez de poner la atención como todos los demás en la «normalidad», lo hacía en esta extraña inquietud, en la necesidad que tenía dentro de mí y que no sabía lo que era.

Este encuentro fue «la noche en que vi las estrellas», como dice la canción de Claudio Chieffo⁵⁵. La «noche en que vi las estrellas» no dormí ni un minuto, sino que soñé todo lo que podría llegar a ser la vida en un mundo en el que finalmente se ponía en el centro la herida que había dentro de mí, la exigencia que me determinaba, el deseo de felicidad tan incómodo que tenía, la inquietud que me producía que nada de lo que existe funcionara. Y de este modo comenzó la aventura, una aventura total. Durante los años del bachillerato y de la universidad viví una aventura completa, desde el estudio a la amistad, gracias a una compañía humana plena. Hasta ese momento siempre había considerado la amistad dentro del mundo católico como algo funcional: «Hay que estar juntos porque así se hace el bien», «hay que estar juntos porque así se estudia y se puede mejorar». En cambio, con estos nuevos amigos empecé estar con ellos por el gusto, por el placer de estar juntos, de compartir la vida y también de entenderla mejor. No eran años fáciles, mientras yo estaba en la universidad había terrorismo. Mis amigos y yo queríamos comprender y juzgar hasta el fondo lo que estaba sucediendo en nuestro país, más allá del enfrentamiento ideológico que se producía incluso en los periódicos, más allá de las simplificaciones fáciles —«tienen razón los terroristas aunque sean violentos», o bien «la policía tiene que eliminarlos a todos»—. Queríamos mirar las cosas de forma distinta, en base a la experiencia de bien y de fe que hacíamos. También tratábamos de ayudar a los que tenían más necesidad, por ejemplo, buscando sitios en pisos que no fueran caros, elaborando apuntes de los cursos o estudiando juntos (como hace hoy Portofranco). Dedicábamos mucho tiempo a momentos en los que hablábamos de la experiencia que hacíamos, de nuestra búsqueda de la verdad, de lo que deseábamos.

Hasta aquel momento, los adultos que había conocido querían «pelarme» como a una manzana: «Eres muy capaz, eres inteligente... Pero quitemos la piel —es decir, la parte irracional— así es mejor, todo pulpa...». En cambio, por primera vez en mi vida, conocí a alguien que no quería «pelarme», que comprendió que la parte más verdadera de mi persona era la piel, la parte débil, la parte de los charcos, la parte de esta pregunta a lo Pedro Pedreiro, confusa pero auténtica. Por primera vez conocí a alguien que me abrazó así, que comprendió que esta inquietud expresaba un deseo profundo, verdadero. Entonces, pensad en lo que más os gustaría cambiar de vosotros: en realidad, no es algo que haya que eliminar, sino que ante todo es expresión de algo

⁵⁵ C. Chieffo, «La notte che ho visto le stelle», en *Canti*, op. cit., pp. 236-237.

más profundo que tenéis que descubrir aún. Es signo de que nadie puede «ponernos en orden», de que es normal «no haber». No existe esquema en el que quepamos. Antes el esquema era un buen matrimonio, una determinada posición, trabajar en un banco..., que no son cosas negativas en sí mismas, pero que no son suficiente. Lo que tenéis dentro de vosotros, esa inquietud extraña, esa exigencia: esta compañía se toma en serio todo eso. Don Giussani comprendió lo que yo tenía dentro. Y gracias a esto pude volver a empezar.

Pero como el Señor construye, no fue suficiente haberlo experimentado una vez. Terminé la universidad dentro de esta compañía, saqué matrícula de honor en Economía y surgió la posibilidad de quedarme en la universidad. Y allí se produjo la primera prueba seria de mi vida: una persona muy querida para mí sufrió una depresión profunda. Imaginaos a un chaval de diecinueve años que se pasa todo el día en casa con las persianas bajadas sin hacer nada durante un año, sin perspectivas, sin ser capaz de vivir. Yo no podía con eso.

Me preguntaba qué sentido tenía todo ese dolor. Y aunque todo el mundo estuviese bien, aunque yo estuviese bien, si esa persona estaba así, ¿para qué servía la vida? Por primera vez experimenté la tristeza de la que habla Chieffo, esa que tiene «mil siglos»: la imposibilidad de vivir. Todavía no había tenido ningún pensamiento en especial sobre la vocación: no tenía novia, pero tampoco había pensado nunca en la virginidad. Después de aquella experiencia tuve una intuición que fui a contarle a Giussani: «Si pasan estas cosas, si un chaval joven tiene que vivir un sufrimiento así, hay dos posibilidades: o todo es absurdo, también todas las cosas bonitas que he conocido, o bien la única posibilidad es estar al lado de Aquel que hace todo. Porque en la vida Él tiene que darme razones de lo que sucede». Le decía: «Quizá mi camino es el de los *Memores Domini*, el de una virginidad como laico en el mundo». Giussani me dijo que era una buena razón para verificar el camino. Y de este modo, como un desafío a Dios, nació mi vocación a la virginidad, como petición de que se me diesen las razones de todo lo que existe en la realidad, no solo de la parte bonita, la que corresponde: «En lugar de hacerte la guerra, me pongo a tu lado, pero quiero entender». Y allí nació esta vocación, que luego ha seguido su camino en los *Memores Domini*.

Os digo solo una cosa más en este sentido: mi vida ha sido una historia de encuentros continuos con alguien que, como Giussani, ha subrayado la presencia de esta desproporción entre lo que uno desea y lo que vive. Es decir, frente a preguntas acuciantes, incluso hirientes, más que darme explicaciones teóricas sobre los hechos y sobre el mundo, Dios ha hecho que me encuentre con personas. Y para mí cada persona es única, irreplicable, encierra una fascinación. Porque en la vocación cristiana todos cuentan. Como el mendigo de la canción *El portava i scarp del tennis*⁵⁶: parecía que no era nadie, pero no para Enzo Jannacci, que la cantaba. Os pongo solo dos ejemplos de lo que significa un modo distinto de vivir las relaciones con las personas. Uno tiene que ver con el propio Jannacci. Después del Meeting de 2009, después de que hablara de la caricia del Nazareno tras la muerte de Eluana Englaro –un caso que sacudió a toda Italia–, nació con él una gran amistad. Y nos unían justamente las dos cosas de las que he hablado. Cuando vino a Portofranco, Albertino le preguntó: «¿Qué les deseas a estos chavales?». «Os deseo toda la felicidad que ha prometido el

⁵⁶ *El portava i scarp del tennis*, letra y música de Enzo Jannacci (1964).

Nazareno a través de la caricia y la herida. La caricia ofrecida ese día a esa persona pobre»⁵⁷. Cada una de las amistades que he vivido en la vida ha supuesto compartir la herida, la necesidad de imposible que nos constituye, y la caricia, el signo del Señor que te dice: «No tengas miedo de esta herida, caminamos juntos».

El segundo ejemplo tiene que ver con la relación con las mujeres. Podría parecer extraño para alguien que vive la vocación a la virginidad, y sin embargo se trata de un aspecto que me ha permitido experimentar en qué consiste la profundidad de una relación: no es poseer, sino apasionarse por la vida del otro, desear que el otro se realice. En *¿Se puede vivir así?* Giussani habla de la relación entre la Magdalena y Jesús y pregunta: ¿poseían más a la Magdalena todos los amantes que había tenido o Jesús cuando la miraba? Se puede amar una mujer con más profundidad mirándola a un metro de distancia que con el sexo. Me gustaría mucho que todos pudieran vivir esto, porque es más verdadero, es infinitamente más profundo y satisfactorio.

Podría seguir hablando de esto, pero quiero decir que mi vida a partir de entonces ha sido de una fecundidad afectiva impresionante.

Antes de pasar a otro tema os digo también esto: que existe una fecundidad de la vida, un afecto, un gusto distinto que nace de la tristeza, de poner en el centro la herida, de mirarse teniendo en cuenta el destino que es como la fecundidad de los apóstoles con Jesús. Y yo estoy viviendo esta fecundidad. De hecho, desde este punto de vista, no me parece tener sesenta y un años sino veinte.

Ahora quiero comentar la otra parte de la frase de Carrón que he citado, la que dice: «Soy yo el que quiere descubrir toda la belleza de la vida, toda la intensidad que puede alcanzar mi vida. Descubrirlo, nos recuerda don Giussani, es “una meta solo posible para quien se toma en serio la vida”, sin excluir nada: “amor, estudio, política, dinero, hasta el alimento y el reposo; sin olvidar nada, ni la amistad, ni la esperanza, ni el perdón, ni la rabia, ni la paciencia”. La razón de esta audacia es la certeza inquebrantable [...] de que “en cada gesto hay un paso hacia el propio destino”»⁵⁸. La riqueza de mi vida, a la que he hecho referencia antes, no es una capacidad, pero implica lo que dice Carrón en esta frase. Como ha dicho el Papa en Monza hablando del anuncio del ángel a la Virgen, este encuentro introduce lo imposible dentro de la vida. Buscar a Jesús no quiere decir esperar que suceda algo sin hacer nada. Y Él no sucede en virtud de algo que hace alguien. Que existe lo imposible en la realidad significa que yo puedo seguir buscándolo sin perder nunca la fuerza de esperarlo, y que puedo reconocer los signos inconfundibles de Su presencia allí donde suceden. El hecho de que está Jesús significa que yo puedo no abandonar nunca la vida sea cual sea la condición en la que me encuentro.

Para hablaros de esto os hablo de mi trabajo. Muchos vienen a pedirme consejo sobre qué trabajo tienen que hacer y me hablan de lo que desean. Pues bien, que siempre se puede seguir adelante, que la vida no traiciona porque está Jesús, yo lo he visto en que me he equivocado completamente en la elección del trabajo: yo quería ser historiador, y soy estadístico. ¿Por qué? Me gustaba la historia, pero mi padre pensaba que estudiar historia no me garantizaría el futuro. Pasamos el verano después de la selectividad discutiendo violentamente. A principios de septiembre no había decidido aún qué iba a hacer. Recuerdo que una tarde

⁵⁷ E. Jannacci, «La ferita che ho nel cuore», entrevista a cargo de Paolo Perego, *Tracce-Litterae communionis*, enero 2012, p. 88.

⁵⁸ Ver aquí, p. 1.

agarré la bicicleta (medio que uso todavía porque no tengo carnet de conducir), llegué a la plaza Piemonte, entré en una cabina de teléfono (a lo mejor ni siquiera sabéis qué es), metí la ficha (ídem) y llamé a mi profesor de bachillerato: «Mira, tengo un lío enorme en casa, no sé qué facultad elegir». Él me sugirió que me matriculara en Economía porque en ese tipo de estudios hay mucha historia. Y yo, que no estaba interesado en la economía y el único periódico rosa que concebía era *La gazzetta dello sport*, desde luego no *Il Sole 24 ore*, veinte minutos más tarde estaba en la Católica para matricularme en Economía. Gracias también a los amigos del movimiento que había conocido, lo que estudiaba empezó a gustarme, más aún, a apasionarme, a suscitarme preguntas, por ejemplo con respecto a la relación entre la economía, el trabajo y la vida de las personas. Después de licenciarme surgió la oportunidad de proseguir los estudios en el extranjero, pero renuncié a ello a causa de un problema familiar. En ese momento don Giussani me sugirió que tratara de seguir los estudios en la universidad en Milán, pero en ese momento parecía que no había plazas disponibles. En un encuentro con algunos adultos salió este tema, cada uno ofrecía una sugerencia. En un momento dado, un profesor dijo que había salido una plaza en la facultad de Estadística.

De nuevo me encontraba en una situación límite: dedicarme a la estadística cuando no tenía mucho *feeling* con las matemáticas, que había puesto como última materia en la selectividad.

Me vi teniendo que estudiar con libros en inglés, llenos de fórmulas hechas con letras griegas. Durante mucho tiempo me repugnó lo que tenía que estudiar, sentía que no tenía nada que ver conmigo. Creí morir, fuera hacia sol y yo tenía delante todo aquello.

Os digo ya que considero como el milagro de mi vida el hecho de que ahora amo el trabajo que hago.

Lo que demuestra que frente a lo imposible siempre se puede volver a empezar. Como escribe Manzoni a propósito de la monja de Monza: aceptar una condición aunque uno no la haya elegido, aunque sea fruto de un error, puede convertirse en el primer paso para un cambio.

El momento crucial de este paso fue cuando en un momento dado Giussani me dijo que, aunque no estuviese seguro de que lo conseguiría (en aquel momento el estudio me resultaba muy difícil), si ofrecía mi estudio al Señor que está ahí presente, lo que estaba haciendo podría volverse interesante. Y ese es el punto clave que une el trabajo de todos los tiempos, para todos los creyentes. Los que trabajaban en una mina o habían emigrado no vivían una situación mejor que la mía. Yo puedo imitar al Señor aceptando la condición en la que me encuentro. Podemos hacer lo que hacemos, sea lo que sea, contigo, Señor, porque estás aquí conmigo. Esta novedad del ofrecimiento empezó a hacer que las fórmulas me resultaran menos hostiles. Al poco tiempo conocí a un profesor interesante y empecé a apasionarme por la materia en la que trabajábamos juntos.

Y os cuento ahora cómo sucedió: empecé a percibir que esas fórmulas explicaban un trozo de la realidad, y que por tanto tenían que ver de forma misteriosa con un trozo de la verdad. Resolver un teorema era como llegar a alguien que me estaba esperando en el fondo de la fórmula, y aquello de lo que yo me ocupaba no era la búsqueda de la nada. Daos cuenta de que esto tiene que ver con cualquier tipo de estudio porque – pensad–, ¿se pueden comunicar cosas preciosas en una lengua extranjera sin estudiar la gramática? ¿Se puede aprender el kárate sin «dar cera, pulir cera», como se ve la película *Karate Kid*? Hace falta aprender a

entrar en la realidad, incluso en esa que te parece hostil, pero que siempre tiene una grieta, y hay alguien que te espera.

Así es como, poco a poco, nació en mí la fascinación por la investigación, me apasioné por esa materia que parecía lo contrario de mí. Y sigo siendo un «humanista», de hecho en el tiempo libre leo mucho sobre estos temas. Si he sido capaz de vencer errores y miedos, también podéis hacerlo vosotros. Todos tienen miedo a equivocarse, yo me he equivocado y estoy contento... ¡Imaginaos! Uno que no se equivoca podría no estar tan contento como yo.

Pero este gusto necesita otra cosa. Porque después de la belleza del descubrimiento de aquello que te corresponde, es necesario plegarse a la realidad. Para mí, que soy desordenado, encontrarme por ejemplo con que tengo que volverme preciso (porque si te equivocas en una coma, salta por los aires toda la demostración), no ha sido fácil. Recuerdo como si fuese ayer mi primer trabajo: tenía que calcular la movilidad en la provincia de Bérgamo. Construyo mi estupendo algoritmo estadístico, estoy emocionado, y se lo lleva profesor. Él lo mira y después de un rato me dice: «Muy bueno el trabajo, pero ¿hay muchos hoteles en Calolziocorte (LC)?». «¿Por qué?», digo. «Porque según tus cálculos entran allí cien personas por la mañana y salen treinta por la tarde, por tanto setenta se quedan a dormir allí». Había construido mi modelo estadístico y estaba satisfecho. No me había puesto a echar cuentas para comprobar todo. En ese momento comprendí por primera vez que, al igual que una madre que quiere a su niño tiene que limpiarle el culo, es necesario plegarse a distintos aspectos de la realidad. Cuando se repiten los verbos griegos, las descendencias, cuando se estudia inglés... hace falta afrontar el aburrimiento porque, evidentemente, la fascinación no es suficiente para cambiarnos. Incluso este aspecto que al principio me costaba se ha convertido en algo lleno de gusto, en la belleza de secundar y amar la realidad tal como es, no solo en hacer las cosas fascinantes del trabajo. Los paganos, ¿qué hacían? Se dedicaban únicamente al trabajo intelectual y dejaban a los esclavos el manual. Después llegó Jesús, que trabajó como carpintero y dijo que todo estaba bien, y desde ese momento cualquier trabajo se ha vuelto digno, es decir, puede ser tuyo, puedes vivirlo sin que vaya en contra de ti.

En la vida se cometen muchos errores, y siempre se tiene miedo de ellos. En mi trabajo puede pasar también que estés un año entero trabajando en un artículo, y la revista a la que está destinado lo rechaza, o te señale las cosas que no están bien. Recuerdo que fui a un congreso a presentar un artículo que fue muy criticado. Volví a mi profesor y le dije que en realidad no me había equivocado y –como hace el italiano medio– que el árbitro estaba comprado. Él me respondió que el que me había criticado tenía razón y me sugirió que fuese a pedirle explicaciones porque solo así podría aprender. Es la humillación de equivocarse, de sacar un cuatro, de darte cuenta de que no sabes, de tener que empezar admitiendo tu fracaso. También esto se ha vuelto una cosa interesante con el tiempo. Porque caer en la cuenta de un error se convierte en una ocasión preciosa para evolucionar, para cambiar.

A mí ahora me gusta este trabajo, aunque no sea el trabajo para el que estaba más predispuesto, pero ahora es el mío. Al principio de mi carrera universitaria tenía otra objeción: que no tendría tiempo de ocuparme de ninguna otra cosa al margen de lo que requería la profesión universitaria. En cambio, ha sucedido lo

contrario. Me he ocupado de una asociación de empresas, la Compañía de las Obras, y de muchas obras sociales, como AVSI o el Banco de Alimentos, y obras culturales, como el Meeting. Una experiencia cristiana te hace tener curiosidad y deseo de comprender el contexto en el que vives. Pienso en la ocasión que he tenido con el Meeting de conocer a muchas personas, a algunos de los más importantes personajes de la escena pública italiana. No lo hemos hecho por el gusto del prestigio o del poder, sino justamente por el deseo de conocer, de comprender, de verificar nuestra experiencia y compararla con la de los demás.

Ahora os quiero hablar de la última parte, del lado oscuro de la fuerza. Al igual que en *Star Wars*, existe también un lado oscuro que es la disminución del deseo, que sucede incluso en una vida tan plena y satisfactoria como creo que es la mía. A propósito de esto os leo un pasaje del papa Francisco: «No nos dejemos aprisionar por la tentación de quedarnos solos y desconfiados llorando por lo que nos pasa; no cedamos a la lógica inútil e inservible del miedo, a la repetición resignada de que todo va mal y de que ya nada es como antes. Esta es *la atmósfera del sepulcro*»⁵⁹. Pues bien, yo a veces me veo viviendo en la atmósfera del sepulcro. Y para introducir esta última parte quiero que escuchéis otra canción de Jannacci, *L'uomo a metà*⁶⁰.

L'uomo a metà

¿Qué quiere decir que «la vida se organiza pero ya no estaremos»? Quiere decir que en mi vida, esa vida tan rica, puedo no darme cuenta ni siquiera de la guerra que hay. Os hablo de ello porque así comprendéis que si yo lo consigo, lo pueden conseguir todos.

El lado oscuro sale a la luz con las formas más disparatadas. Pienso, por ejemplo, en lo que determinan mi humor algunos eventos deportivos, como por ejemplo los asuntos de mi jugador preferido, Antonio Cassano; en lo susceptible que soy a las críticas (una vez Giussani me dijo: o eres diabólico o paranoico, elige. Y yo: paranoico); en las veces que estoy ausente o aburrido; en cuántas veces no he asumido la responsabilidad de mis decisiones (pienso en el trabajo, porque antes de aceptar mi camino, durante mucho tiempo eché a Giussani la culpa de aquella decisión). Cuántas veces me he enfadado con el mundo porque las cosas no funcionan, porque los proyectos no llegan a puerto. Y cuántas veces, como en *Il monologo di Giuda*⁶¹, he pensado: el reino no llega. Una vez estaba en Nueva York para visitar a nuestra comunidad allí. Estaba atravesando el Bronx y pensaba: la fe tendría que verse, tendría que cambiar el mundo, pero aquí somos cuatro gatos y encima nos peleamos. ¿Podría ser esto la salvación del mundo? No dudaba de que estaban Dios y Jesús, pero, ¿cómo puedes decir que Jesús vence frente a todos estos límites?

Y luego todo tu mal. Cuando me confieso saco la lista. El problema es que la lista es siempre la misma. Y cada vez me digo: vaya, como los de la vez pasada...

Por no hablar del dolor inocente: frente a las tragedias, a los muertos en las guerras, al soldado desconocido, a los terremotos. Hay un pasaje de Dostoievski en *Los hermanos Karamázov* en el que Iván habla de un niño devorado por los perros por la maldad de su dueño y dice: «Escucha: si todos hemos de

⁵⁹ Francisco, *Homilía en Carpi*, 2 abril 2017.

⁶⁰ *L'uomo a metà*, letra y música de Enzo y Paolo Jannacci, del álbum *L'uomo a metà* (Ala Bianca, 2003).

⁶¹ C. Chieffo, «Il monologo di Giuda», en *Cancionero*, op. cit., p. 345.

sufrir para comprar con nuestro sufrimiento la eterna armonía, ¿qué tienen que ver con ello los niños? ¿Puedes explicármelo, por ventura? Es totalmente incomprensible por qué han de sufrir ellos también y por qué han de contribuir con sus sufrimientos al logro de la armonía. [...] Mientras me queda tiempo, procuro proteger mi posición y por esto renuncio por completo a la armonía suprema. [...] Y si los sufrimientos de los niños han ido a completar la suma de sufrimientos necesaria para comprar la verdad, yo afirmo de antemano que la verdad entera no vale semejante precio»⁶².

Pienso en cuántos motivos tengo en mi vida para estar contento y, sin embargo, ¡cuántas cosas hacen que la vida sea oscura, a pesar del movimiento, a pesar del Grupo adulto, a pesar de Jesús, a pesar de todo! Nunca me he drogado, pero entiendo la necesidad de olvidar todo este dolor, porque a veces es demasiado punzante. Y si uno es lo suficientemente inteligente como para no usar las drogas fuertes que crean daños graves, uno siempre puede drogarse de amigos, de quehaceres...

Con respecto a esto, en un momento dado se produjo un salto en mi experiencia. Un día traté de no resistirme al dolor, a la soledad, al mal, a la herida. No me opuse a la sensación de vacío, al vértigo que todo eso producía en mí. Me dije: quiero ver a dónde me lleva este dolor, no quiero darle respuestas pegadas desde fuera, quiero sentir dónde termina todo porque no quiero vivir como doctor Jekyll y mister Hyde, en público estupendo y en privado con vértigo. Y empecé a percibir que en el fondo de esta oscuridad, como dice *Il mio volto*⁶³, canción preciosa de Adriana Mascagni, había algo, había otro que está dentro de mí y que me hace no sentirme solo. Porque el hombre está hecho para la felicidad. Y si tú llegas hasta el fondo de la oscuridad renace la voz (por citar otro canto suyo, *Povera voce*). En el fondo de la oscuridad desaparecieron todas las cosas que molestaban y renació la luz. Y me entraron ganas de ponerme de rodillas. Desde entonces, muchas veces ha nacido un grito en mí desde lo hondo de la oscuridad. En el fondo de la oscuridad, como estamos hechos para la felicidad, no podemos soportar la oscuridad, pero no debemos ser burgueses en la oscuridad, no debemos detenernos en medio de la oscuridad, porque la droga es quedarse en medio de la oscuridad. Entonces, lo único que puedes hacer es hincarte de rodillas. Como cuando murió de repente la mujer de Giancarlo, un gran amigo mío. Yo no sabía qué hacer. Entonces me fui de noche a Caravaggio, que naturalmente estaba cerrado, y di vueltas alrededor del santuario durante una hora. En aquel momento mi vida era solo petición. Cuando estás en el fondo de la oscuridad renace en ti la pobre voz, renace una luz, renace la exigencia de un significado, más verdadera que en cualquier otro momento. En ese momento solo existe el deseo del verdadero “tú”, «la tristeza que no hay en mí». «Quédate todavía aquí»⁶⁴. Renace en ti ese canto, justamente porque la oscuridad te ha quitado lo que te daba seguridad todos los días, pero no ha podido eliminar ese flujo de vida que tienes dentro. Renace la vida si aceptas que en el fondo estás solo con esta exigencia que es la de todos los hombres, la de todos los que no se han encontrado con Cristo y también la de los que se han encontrado con él, la de la gente que se droga, la de los pobrecillos, la de quien no tiene esperanza, la misma que tienes tú.

Yo soy cristiano no porque haya llegado a un sitio determinado, yo vivo con esta oscuridad. Pero descubrir

⁶² F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Cátedra, Madrid 2001, pp. 396-397.

⁶³ A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, op. cit., p. 356.

⁶⁴ C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, op. cit., p. 321.

esa exigencia me hace ponerme en camino. Y sucede lo que contaba de forma maravillosa Pirandello en una novela suya, *Ciàula scopre la luna*, que habla de un chico que trabaja en una solfatara, un pobrecillo que no tiene nada y que trabaja todo el día como una bestia, subiendo y bajando por el túnel de una solfatara empujando los carros de azufre. Permittedme que os lea algunas líneas. Una noche que Ciàula está empujando hasta el fondo de la oscuridad la carreta de azufre, se da cuenta de algo. «Se dio cuenta únicamente cuando estaba en los últimos escalones. Al principio, por muy extraño que le pareciera, pensó que serían los últimos destellos del día. Pero la claridad crecía, crecía cada vez más, como si el sol, que él había visto ponerse, hubiese salido nuevamente. ¿Es posible? Nada más salir al aire libre, se quedó atónito. La carga que llevaba cayó al suelo. Levantó un poco los brazos; abrió sus manos negras en aquella claridad de plata. Grande, plácida, como en un fresco y luminoso océano de silencio, estaba ante él la luna. Sí, él sabía, sabía qué era; pero como se saben tantas cosas a las que nunca se ha dado importancia. ¿Qué podía importarle a Ciàula que estuviese la luna en el cielo? Ahora, solo ahora, nada más salir del vientre de la tierra esa noche, él la descubría. Estático, cayó sentado sobre su cargamento, delante de la boca del túnel. Ahí está, ahí está, ahí está la luna... ¡Ahí estaba la luna! ¡La luna! Y Ciàula se puso a llorar sin saberlo, sin quererlo, por el gran consuelo, por la gran dulzura que sentía por haberla descubierto ahí, mientras salía por el cielo, la luna, con su amplio velo de luz, sin ser consciente de los montes, de los llanos, de los valles que iluminaba, sin ser consciente de él, que no sentía miedo de ella ni se sentía cansado ya, en la noche ahora llena de su estupor»⁶⁵.

Cuando uno tiene una herida y la mira hasta el fondo se da cuenta de la belleza, vuelve a caer en la cuenta de la luna, como Ciàula. ¿Y cuál ha sido la luna en mi vida? Yo me di cuenta en un momento del camino, como el camino de Dante en el Infierno, que por ejemplo Carrón estaba contento, y que la presencia de Jesús en su vida era un hecho concreto. Cuando murió el hijo de un amigo nuestro en un accidente de coche, le dijo: «Ha sido arrastrado por Cristo. Cristo lo ha querido consigo y ha cumplido su destino». Entonces empecé a seguir esta aventura de fe con una profundidad mayor, fijándome en la singularidad de los que veían la belleza, incluso en la conciencia del mal, del límite, empecé a ver que el cristianismo era más profundo de lo que había pensado y que había quien podía atravesar cualquier circunstancia y seguir viendo la luna.

Gracias a esto, pude empezar a ver que la vida de la Iglesia siempre había sido así: en todas las épocas, frente a los momentos más trágicos, estaban los santos. Como los de los siglos II y III que, frente a la peste, mientras que el médico Galeno escapaba, ellos se dedicaron al cuidado de los enfermos, y con frecuencia morían con ellos. San Cipriano decía: «Pero cristianos, ¿tenéis miedo? ¿Pero no podéis dar la vida?». Este momento fue fuente de muchas conversiones. Pensad, por ejemplo, que san Pedro Claver pasó su vida en los barcos en los que viajaban los esclavos que partían de África encadenados para confortarlos. San Vicente inventó las formas modernas de la caridad con los pobres más pobres. San Camilo, que era un fracasado, un antiguo soldado, ex jugador, expulsado de órdenes religiosas, se encuentra en Roma en el hospital de los incurables con una llaga en una pierna, y allí empieza a ocuparse de los enfermos e inventa el hospital moderno. San Juan de Dios empieza a ocuparse de los locos abandonados por todos. Y santa Francesca

⁶⁵ L. Pirandello, *Novelle per un anno*, I Meridiani vol. II, Arnoldo Mondadori, Milán 1985.

Cabrini, que se dedica a los inmigrantes en América, como la gente que llega hoy en patera en el Mediterráneo. Y san Juan Bosco, que se ocupa de los chicos de la calle abandonados. Don Gnocchi, que acompaña a nuestros alpinos a combatir a Rusia. Y también la madre Teresa, don Orione, que cuando se produjo el terremoto en Mesina, con ciento veinte mil muertos, se quedó allí tres años para ayudar a la población que se había quedado sin nada. Cuando existe el mal, se ve esta vida que renace.

Pero esto lo he visto sobre todo en las personas que, enfermas o con graves dificultades en la vida, muestran esperanza. Os pongo un ejemplo: mi madre. Mi madre murió en 2005 después de ocho años de enfermedad. Ella también había encontrado el movimiento. Cuando enfermó me pidió que le preguntara a Giussani por quién podía ofrecer su enfermedad. Giussani respondió al vuelo: «Dile que ofrezca todo por los *Memores Domini*». Y así lo hizo. Cuatro días antes de morir quiso festejar sus cincuenta años de matrimonio en la misma iglesia en la que se había casado, la iglesia en la que cuatro días después celebraríamos su funeral. Resistió porque quería celebrar, dar gracias al Señor por la vida que le había dado. El sacerdote me dijo que ella le había contado que cuando se casó estaba muy emocionada por la intuición de que ese día empezaría una experiencia de vida grande y rica. Durante la fiesta por su cincuenta aniversario casi no se sostenía en pie, pero quiso dar gracias al Señor porque se había verificado lo que había intuido el día de su boda, aun en medio de las dificultades de la vida. Fue una mujer llena de vida hasta el final, y el día en que fue ingresada en el hospital, al salir de casa dejó su herencia espiritual a la familia: «Os lo pido: cuidado de las flores y del perro». ¡Somos una familia un poco materialista! El día del funeral el sacerdote nos contó en la homilía que ella le decía a menudo: «El tumor es grave, pero yo ofrezco. Y esto hace que sea positivo». Yo he visto en mi madre hasta el fondo un himno a la vida, el milagro que produce aceptar la oscuridad, el milagro de la vida que vence. Como ese otro amigo, también enfermo. Mientras estaba enfermo trabajaba con el compás y con la madera y dos días antes de morir me regaló un objeto que había hecho él y que tengo todavía sobre mi mesa. Es un «tú» hecho de madera. Quería decirme que eso era lo único que contaba. Este es el milagro de mi vida: que la oscuridad que experimento se abre siempre hacia algo distinto. Hace algún tiempo, durante una audiencia, un chaval detuvo al Papa y le dijo: «Tengo un amigo que tiene un tumor». Y añadió: «¿Por qué Dios pide algo así a un chaval de mi edad?». «Hay preguntas a las que ni siquiera yo sé responder. Es algo misterioso», responde el Papa: «Lo que me ayuda es mirar a Dios en la cruz». «¿Por qué es misterioso?», insiste el chaval reteniendo con su pregunta al Papa, que empieza a alejarse. Francisco se detiene y responde poniendo un dedo en la frente: «Con la cabeza no lo entenderás nunca. Tienes que mirar a Jesús en la cruz».⁶⁶ «Desnuda raíz arrancada»⁶⁷. El corazón de la vida que nos puede dar esperanza y toda la fecundidad, ¿nos lo damos nosotros? No. El corazón nos dice que en el fondo de la oscuridad está la luz. Como el ladrón que estaba a la izquierda que, después de una vida probablemente tremenda, al final se encuentra en la cruz una presencia con la que dialogar. Os deseo que también vuestra vida pueda ser un continuo diálogo con Cristo.

⁶⁶ Cf. G. Vittadini, «Il venerdì santo, la vittoria degli sconfitti», *ilsussidiario.net*, 14 abril 2017.

⁶⁷ «Desnuda raíz arrancada», himno de las Vísperas del viernes, en *Libro de las horas*, Asociación cultural Huellas, Madrid 2010, p. 198.

Pigi Banna. Podíamos estar aquí «razonando con la cabeza», como diría el Papa, complicándonos la vida y reduciendo a un razonamiento lo que nos ha llenado el corazón durante estos días. En cambio, poner el corazón delante de la vida de un amigo, como ha sido escuchar este testimonio, nos ha mostrado que no existe ninguna oscuridad que, atravesada hasta el fondo (es decir, no quedándose en la droga que trata de quitarte el sabor amargo), no nos permita ver desde el fondo una luz, una luz que muchos de vosotros, como decía Albertino, testimoniáis solo con vuestra atención. Desde el fondo de la oscuridad se entrevé una luz capaz de llenar el corazón, de abrazar «toda la manzana con su piel incluida» y de no censurar nada de lo que hay en nosotros. Esta es la experiencia de la resurrección.

Los Evangelios no dejan nada fuera: estaban tristes, desilusionados, y van hasta el fondo de la desilusión que tenían tras haber visto morir a Jesús. «Algunas mujeres dicen que ha resucitado, pero nosotros no creemos a las mujeres». Y sin embargo se encuentran con uno que, yendo al fondo de la oscuridad de la desilusión, es capaz de hacer que arda su corazón, de abrazarles con toda la piel, hasta el punto de que le dicen: «Quédate con nosotros, no te vayas». En la vida suceden encuentros en los que se acerca a nosotros un rostro conocido, describable en su apariencia, incluso en sus defectos, pero que, en un momento dado, nos damos cuenta de que hay otro rostro, otra cara que asoma detrás de esa presencia. Y nos damos cuenta de ello gracias a un signo: el corazón arde, como les pasó a los discípulos de Jesús. Este es el gran signo de la verdad, de la realidad, de la contemporaneidad, de la resurrección de Cristo: que arda el corazón, es decir, una correspondencia inaudita.

El problema no es que hayamos entendido todo. Menos mal, porque nunca dejaremos de entender y de sorprendernos. No hemos resuelto nuestra vida. El aburrimiento sigue estando, pero ya no queremos separarnos de alguien que ha despertado nuestro corazón. Esto es la resurrección: haber encontrado a alguien así.

Por eso nos ponemos en pie para cantar juntos *Cristo resusciti*, no como antes, que estaba entre el siete y el seis, sino fijándonos en la palabra «Cristo», en la palabra «resusciti», para que salga a la luz nuestro grito y se dirija a alguien que nos ha aferrado con todo lo que somos en medio de la oscuridad. No es el *Cristo resusciti* de un coro de voces blancas, sino el Cristo del ladrón crucificado que entra en el Paraíso con Jesús. Nos ponemos de pie.

Cristo resusciti

Quería daros las gracias por cómo habéis participado en estos días y felicitaros la Pascua hablándoos de la ciudad en la que vivo, Roma, aunque no sea mi ciudad de origen. El punto más alto de Roma es el Monte Mario (se llama monte, pero solo tiene 135 metros de altitud), y desde allí se ve toda la ciudad. Es un espectáculo increíble. Entonces, ¿qué es la Pascua? Es como si de repente vuestro padre os llevase un día, un sábado por la tarde (algo que nunca esperaríais), al Monte Mario (en el ejemplo se supone que sois romanos), y tú dijeras: «Mira, allí está nuestra casa, hoy se ve fenomenal». Y él insiste: «Pero ¿ves también las casas que están alrededor? ¿Toda la manzana? ¿Las diez casas?». «Sí, sí, claro que veo nuestra casa». En ese momento tu padre te dice: «Ya tienes dieciséis años, y puedo decírtelo. Nosotros somos propietarios de toda

la manzana». «¡Ah!». Y sigue: «¡Todo esto será tuyo el día de mañana!». Y tú piensas: «¡Ya tengo arreglada la vida!». Entonces vuelves a casa y, mientras caminas en silencio por la manzana, piensas: «Esta es mi casa». Te das cuenta de que hay un papel en el suelo y dices: «¡Qué maleducada es la gente!», y lo recoges. Vas a tirar el cigarro al suelo y piensas: «No, espera, ahí hay una papelera». Luego ves una ventana rota, se lo dices a tu padre y te ofreces para arreglarla. A quien vive la experiencia de la resurrección se le promete vivir toda la realidad de este modo.

Estoy contento de que terminen estos días del Triduo porque son para nosotros como el Monte Mario. Después de haber visto a Vittadini, después de haber escuchado tantos de vuestros testimonios, es como si se nos dijera: «¡Todo es vuestro!». Todo os pertenece. Todo es de Cristo, y Cristo de Dios⁶⁸. Te dan ganas de volver a ver al compañero de clase que te cae mal, a la profesora que es simpatiquísima porque enseña Matemáticas. Escucháis una noticia y decís: «Esto es mío». «Pero ese tío no me soporta, es complicado estar en clase con él»: también esto es tuyo. Solo es cuestión de tiempo descubrir cómo encontrará Cristo el camino para conquistar su corazón. Nosotros solo tenemos que hacer una cosa: ir a su encuentro y pedir a Cristo que nos haga ver cómo vence ahí.

Esta es la conmoción de quien, como dice el Papa, sale al encuentro de toda la realidad no llevando a Jesús, sino buscándolo, y descubre que es él quien sale a su encuentro en los sitios más inesperados. Esta es la fuerza de la resurrección, que nos permite ver cómo posee Él cada cosa. Empezamos a ver, en medio de un mundo que tiene realmente muchos problemas, incluso la hoja amarilla (como dice Giussani⁶⁹), reconocemos la limadura de verdad que hay en el bolsillo de cada uno, llegamos incluso a invitar al profº de matemáticas a GS, pero no para hacer bulto, sino porque quiero descubrir esa verdad que hay en tu vida.

Esta sala es nuestro Monte Mario desde el que Cristo nos está diciendo: «¿Ves lo que te he hecho ver estos días? Esto es la vida. Esto es la realidad. Ve y llama a las puertas incluso de los más indiferentes», como han hecho nuestros amigos de Rimini que, incluso a su edad, han ido a socorrer a las víctimas del terremoto, y no porque fuesen unos tipos especiales, sino para descubrir cómo se hacía presente Cristo allí. Como ha hecho nuestro amigo, que veía que su escuela estaba llena de drogadictos y, como era delegado de instituto, ha invitado a los de la cooperativa “L’imprevisto” a hablar a todos. Y allí estaban todos los alumnos atentos, y de forma milagrosa, al día siguiente (¡un verdadero milagro!), en el búnker en donde se liaban los porros nadie se liaba ninguno. Entonces él, que tenía que elegir entre el Triduo y el viaje de la clase, va a ver al subdirector y le dice: «No, yo tengo que ir al Triduo porque si soy así es por el Triduo», y el subdirector le dice: «Pero tienes que venir al viaje, eres un bien para esta escuela. Te lo pagamos nosotros». ¿Y cómo responde? Lleno de agradecimiento, va al viaje gracias a una colecta de los profesores, e invita al subdirector al Triduo. Ya no tenemos que temer nada. Toda la realidad, incluso nuestra miseria, es para nosotros, porque hay Uno que vence.

Volvemos a casa con el corazón ardiente y con muchas ganas de ir, porque incluso en los sepulcros más cerrados está Cristo, que llama para salir afuera. Con el corazón ardiente y las ganas de ir nos despedimos cantando el *Regina Coeli*, que es la oración de la Iglesia durante todo el tiempo de la resurrección.

⁶⁸ Cf. 1Cor 3,22.

⁶⁹ Cf. «*Non abbiamo mai visto nulla di simile!*», op. cit., p. 73.

Regina Coeli